

Obsidian

ANTOLOGIA DE CUENTOS



VALENTIN KATAEV
RAY BRADBURY
ITALO CALVINO
OSCAR CASTRO
Luis Alberto Tamayo
Maria Pilar Laporta
Juan Mihovilovic
Yanko Rosenmann
Eduardo Correa
Silverio Muñoz

SANTIAGO - CHILE - MAYO - 1985

VOL. N° 4

CONTRIBUCIONES PARA UNA TEORIA DEL CUENTO

POR CARLOS MASTRANGELO

1. El cuento empieza moviéndose. Nace caminando y no se detiene hasta su final. Es todo vitalidad, emoción y movimiento. Por eso no es adecuado hablar de la *anatomía del cuento*, y sí de su *fisiología*, como no podemos hablar de la *anatomía* del viento, del torrente o del movimiento mismo, ni siquiera metafóricamente. Es factible una imagen estática del mar, pero no del agua que se despeña. Y es este movimiento, este fluir constante, esta vida permanente, lo que hace que el cuento sea tan gustado por niños y adultos, incultos y versados de todos los países y en todos los tiempos.

El cuento, que nació oralmente, sigue conservando hoy, al cabo de varios milenios, sus dos caracteres esenciales: su *unilinealidad*, es decir, su *espina dorsal, única e indivisible*, y su *unidad de asunto*. Son las dos primeras leyes estructurales que lo apartan y lo alejan de la novela.

Una novela —cuanto más si es extensa— admite cualquier planeamiento, cualquier conformación, cualquier objetivo que se le ocurra al novelista. Tal es su amplitud, su diversidad, su "cosmopolitismo literario" podríamos decir. Debido a estas razones, en una novela es imposible esa perfección que puede lograrse en un cuento. Por su pequeña espacio-temporal, éste no sólo admite sino que exige precisión, armonía y exactitud. Lo principal en él es el *suceso y a dónde* nos conduce. Suceso único y hermético, sin ningún intersticio que permita penetrar la menor partícula del mundo real o que no sea del presentado por el cuentista y que, simultáneamente, no permita la menor distracción del lector. Este se halla, de pronto, prisionero en una estrecha celda completamente oscura y tan desmantelada que no puede prestar atención más que a las mágicas palabras que a sus oídos o a su corazón le dicta o le sugiere ese mago invisible que se ha apoderado de él. ¡Y pobre del cuentista que tolere que, la más insignificante ventana o mirilla o agujero en la pared distraiga a su prisionero, o que éste se le fugue de la celda!

Precisamente esta posible y necesaria perfección del cuento es lo que hace más ardua su elaboración que la de la novela, aunque parezca lo contrario. Fácil es advertir dónde está la falla de su funcionamiento, en qué punto está alterada su fisiología, cuando esta alteración existe.

La *unilinealidad* del cuento y su *unidad de asunto*, a menudo olvidadas, nos llevan a otra ley de esta especie del género narrativo, más olvidada aun por los ensayistas: su *unidad funcional*, su *armonía vital*, o como quiera llamarle.

2. Tal *unidad funcional* tiene dos fines primordiales: 1º) canalizar el interés o la emoción, *entubando* la mente del lector (ya que el cuento es un túnel, un sendero libre de malezas y otros obstáculos), y 2º) concentrar este interés o emoción al final del suceso narrado, haciéndola estallar o desvanecer tan radical y oportunamente (verdadero orgasmo psíquico) que el cuento lo ultime el mismo lector, sin previa *advertencia* ni *presencia* del cuentista.

Esta centralizada *unidad funcional* puede ser disimulada, prescindida o imperfecta en la novela. Novelas abundan a las que se les puede desgajar fragmentos y diálogos, capítulos y hasta personajes. Y no pierden nada con ello, cuando no ganan en belleza e interés. Pues una novela es como el cuerpo humano, que puede sufrir la mutilación de uno o todos sus miembros, e inclusive la extirpación de un órgano

importante como un riñón o un pulmón. Más todavía: la vida misma de ese cuerpo puede depender de semejante acto quirúrgico. Esto es irrealizable en un cuento auténtico, que en su perfecta *unidad funcional*, más que a un organismo vivo completo se asemeja a algo más pequeño y a la vez más delicado y vital: tal un cerebro o un corazón. Por eso una mutilación o cualquier otra "intervención quirúrgica" a un cuento es sobremanera difícil y frecuentemente imposible. Como una operación a cualquiera de los dos últimos órganos citados: siempre peligrosa y a veces fatal.

Tan importante es esta *unidad funcional*, que la primera frase sugerente de la primera idea o emoción del lector sigue *funcionando* y *trascendiendo* en éste hasta después de leer la última línea. Y es que la eurytmia vital del cuento, su dinámica fisiológica obliga a que su última palabra termine por unirse a la inaugural, completando y cerrando, emocional o conceptualmente, el círculo o ciclo inherente a esta forma literaria. Merced a esta hábil frase primera, ningún lector abandona la lectura. Y quíralo o no, consciente o inconscientemente, es ya un esclavo del texto (como el autor lo es de su plan premeditado) hasta que el desenlace lo devuelve a la vida real.

La vida y la salud de un organismo vivo dependen de su *unidad funcional*. En un simil que creemos si no exacto al menos oportuno, esta *unidad funcional* tiene en nuestro caso el ambivalente objetivo de ir acumulando interés o emoción progresivamente y concentrarlos al máximo en el último instante.

3. Todo lo expuesto nos conduce a otro ramal: el cuento necesita un asunto o tema unívoco, no siempre apto para la novela o el relato. La naturaleza o índole del tema o asunto es secundaria y está subordinada al temperamento o preferencias del escritor. Pero no deja de tener su importancia. El cuento es una producción comprimida y con gran presión emocional. Y es conveniente tener en cuenta que por mucho que el autor se esfuerce es imposible meter un océano en un dedal; dedal que, por otra parte, puede encerrar hasta un momento determinado —y valga la hipérbole— una energía comparable a la atómica. De modo que, en líneas generales, a una *forma determinada* corresponde un *tema determinado* también. Tema único, circunscrito, concreto. Las crisis son los hechos que más se ajustan a la brevedad, violencia o problemática de estas ficciones. Crisis individuales, sociales, históricas, universales y especialmente las muy dramáticas. En pocas palabras: las horas decisivas cuya culminación es rápida e ineludible y a menudo inexorable, y que colocan al hombre frente a sí mismo, frente al destino, frente a la adversidad, frente a la muerte, frente a cualquier cataclismo personal o colectivo.

4. El cuento requiere, asimismo, una *pureza de elementos* que no requieren otras expresiones narrativas. *Pureza de elementos*, en el sentido de todo aquello imprescindible a los fines que se propuso el autor. Son frecuentes las narraciones que constituyen un verdadero matraz de hechos, incidencias, interferencias y hasta personajes que estorban al cuento en sí y que distinguen a éste del relato, ya que la novela presenta otros caracteres diferenciales. Esto ocurre a menudo cuando se refieren sucesos vividos por su propio autor. Tales episodios, al "regresar" a la mente del que narra, confirman una realidad, creándole simultáneamente a éste una grave problemática cuentística: ¿cuáles le serán

continúa en pág. 39.

"Desocupado lector":

La próxima antología de OBSIDIANA, que debería aparecer en julio, nos permitirá, junto a usted, celebrar el Segundo Aniversario de nuestra publicación. En un medio ambiente pletórico de dificultades y obstáculos para el desarrollo de una iniciativa cultural, como lo es OBSIDIANA, tal hecho, reviste características epicóides. Sin embargo, el derrotero literario trazado, ha tenido la facultad, como pocos en Chile, de trascender más allá de sus propias páginas. En efecto, OBSIDIANA, no sólo ha dado a conocer las diferentes expresiones del cuento universal; ha mostrado las concepciones teóricas de los maestros del género; reeditado a los cuentistas chilenos que describieron a nuestra sociedad a través del tiempo y ha convertido a la generación joven —narradores— en editada, piedras angulares para los fundadores de la iniciativa; sino que, también, ha sido y es ruta, encuentro y cuna cálida para la manifestación narrativa de los escritores jóvenes que se han proyectado como vanguardia de la literatura del país.

OBSIDIANA es punto de partida en la generación de un movimiento narrativo chileno vigoroso y auténtico, como no se había dado en el último cuarto de siglo en el país literario.

La narrativa de hoy, gesta, con modestia, trabajo y oficio, una gran explosión cultural. Indicio de ello han sido los últimos certámenes de cuentos concretizados en 1984: el Encuentro de Escritores jóvenes; el Encuentro de narrativa realizado en el Instituto Chileno-Francés, entre otras actividades.

Saludamos, alegres, la iniciativa impulsada por compañeros de generación, de hacer un encuentro de la Novísima Generación de Narradores, que se llevará a efecto próximamente.

Queremos destacar, la nueva iniciativa del instituto cultural Francés, de convocar en conjunto con la Sociedad de Escritores de Chile, al Concurso Nacional de Cuentos CHILE-FRANCIA, el cual ha tenido un gran éxito por el número y calidad de los casi 300 cuentistas que participaron. Estamos cariñosamente alegres de este concurso, que estamos ciertos tendrá sana repercusión futura, porque de los 22 finalistas, hay varios que han sembrado en nuestras páginas.

Nuestra publicación, siempre avizora, inserta dentro del gran desarrollo de la narrativa que se visualiza, prepara sus páginas para cosechar, algo de los frutos plantados por esta herramienta, en la que verdaderamente se ha transformado OBSIDIANA.

CONSEJO EDITORIAL

Editor: JOSE PAREDES

Consejo Editorial:

DIEGO MUÑOZ VALENZUELA - RAMON DIAZ ETEROVIC - JOSE PAREDES

Colaboradores:

Alvaro Cuadra - Eduardo Briceño - Juan Armando Epple - Guillermo Trejo

Luis Merino Reyes - Jorge Teillier - Octavio Vásquez

VALENTIN KATAEV

Padre Nuestro

—Tengo sueño. Tengo frío.

—¡Dios mío! Yo también tengo sueño. Vístete y no me hagas hablar más. Ponte la bufanda. Ponte el gorro. Ponte las botas de fieltro. ¿Dónde has metido los guantes? Estate quieto; deja que te vista.

Terminado que hubo de vestir al niño, la madre le asió de la mano, y ambos salieron de casa. El niño iba medio dormido. Tenía cuatro años. Tiritaba de frío y andaba tambaleándose. Despuntaba el día. Una niebla azulada y glacial envolvía las calles. La madre le ajustó bien la bufanda, le subió el cuellecito del abrigo y le besó en la cara adormilada, de expresión caprichosa.

Las secas ramitas de las parras, colgantes en las galerías de madera de los cristales rotos, parecían de azúcar, cubiertas de escarcha. Hacía veinticinco grados bajo cero. De la boca escapaba un vaho muy denso. El patio estaba lleno de basura helada.

—Mamá, ¿a dónde vamos?

—Ya te he dicho que a pasear.

—¿Y por qué has tomado el maletín?

—Porque sí. Cállate. Cierra la boca, que te vas a acatarrar. ¿No ves qué frío hace? Mira dónde pisas, no vayas a dar un resbalón.

A la entrada hallábase el portero. Llevaba una zamarra forrada de piel, delantal blanco y una chapa metálica en el pecho. La madre pasó a su lado sin mirarle. El viejo cerró la puerta y la aseguró con un enorme pasador de hierro. En la calle no había nieve. Todo era escarcha y hielo. Y donde no había ni hielo ni escarcha, veíanse adoquines pulidos o tierra, tan dura y pulida como los adoquines. La madre y el niño caminaban por debajo de acacias desnudas, a las que el frío arrancaba secos gemidos.

Iban vestidos casi idénticamente. Llevaban unos abrigos bastante buenos de piel de mono sintética, botas de fieltro grises y guantes de lana de vivos colores. La madre cubría su cabeza con una pañoleta a cuadros; el niño, con un gorro de piel de mono. La

calle estaba desierta. Cuando llegaron a un cruce, en un altavoz se oyó un "tic" tan sonoro, que la mujer se estremeció. Pero al instante cayó en que iba a comenzar la emisión de la mañana. Esta empezó, como siempre, con el canto del gallo. La voz del gallo —excesivamente musical— llenó toda la calle, anunciando el comienzo del nuevo día. El niño levantó los ojos hacia el altavoz y preguntó:

—Mamá, ¿es un gallo?

—Sí, hijito.

—¿Y no tiene frío ahí arriba?

—No, no tiene frío. No andes danzando. Mira dónde pones los pies.

Se oyó en el altavoz otro "tic", un carraspeo, y una melodiosa voz infantil repitió tres veces con acento angelical:

—¡Buenos días! ¡Buenos días! ¡Buenos días!

Después, aquella misma voz, sin apresurarse, comenzó a rezar fervorosamente, en rumano:

—Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el Tu nombre, venga a nos el Tu reino, hágase Tu voluntad...

Al llegar a la esquina, la mujer se volvió de espaldas al viento y, tirando del niño, echó a correr por un callejón, cual perseguida por aquella voz demasiado sonora y meliflua. La voz pronto se apagó. La oración había terminado. El viento del mar era dueño y señor de las calles heladas. Delante, envuelta en una niebla bermeja, llameaba una fogata, en la que se calentaba una patrulla alemana. La mujer volvió en redondo y encaminó sus pasos en dirección contraria. El niño corría a su lado, con sus grises botitas de fieltro. Tenía las mejillas rojas como manzanas, y de su nariz prendía una gotita congelada.

—Mamá, ¿ya estamos paseando?

—Sí, hijito, sí.

—No me gusta pasear tan aprisa.

—No seas caprichoso.

Atravesaron un patio y salieron a una

calle paralela. Amanecía. Entre nubes de vapor, azul celeste y azul marino, se filtraba débilmente el resplandor rosáceo de la auro-
ra. Era tan frío, que su luz contraía las mandíbulas, cual la vista de un limón o cualquier otra fruta ácida. Se cruzaron con varios transeúntes. Todos llevaban la misma dirección. Casi todos iban cargados de maletas y fardos. Algunos tiraban de un carrito de mano o de un trineo, cuyos patines arañaban la calzada.

Aquella mañana, de todos los confines de la ciudad, se arrastraban en una misma dirección, cual hormigas, hombres y mujeres cargados de maletas y fardos. Eran judíos que iban al "ghetto" organizado en la barriada de Peresip, en aquella triste parte de la ciudad donde, al nivel del mar, veíanse unas cisternas de petróleo incendiadas, parecidas a las tiendas de un circo ambulante. Varios barrios pobrísimos habían sido rodeados de un doble anillo de herrumbrosas alambradas, dejando en ellas una sola entrada, como en una ratonera. Los judíos iban por las calles que descendían hacia Peresip. Pasaban por debajo de los puentes del ferrocarril. Resbalaban en las aceras recubiertas de hielo. Había entre ellos viejos inválidos y enfermos de tifus. A éstos los llevaban en angarillas. Algunos caían y quedaban tendidos, apoyada la espalda en un farol o abrazados a un guardacantón de hierro. Nadie los escoltaba.

Iban solos, sin convoy. Sabían que, de quedarse en casa, les fusilarían. Por eso se encaminaban ellos mismos al "ghetto". Quien ocultara a un judío, sería también fusilado. En la casa en que se ocultara a un hebreo, se fusilaría a todos los vecinos sin excepción. Los judíos se dirigían hacia el "ghetto" desde todos los confines de la ciudad por las empinadas calles, por debajo de los puentes del ferrocarril, tirando de sus carritos, llevando de la mano a los niños, *muy abrigados. Como hormigas, iban uno tras otro por entre las casas y los árboles cubiertos de escarcha. Pasaban ante las puertas y portones cerrados y junto a las hogueras humeantes en las que entraban en calor los soldados alemanes y rumanos. Estos no prestaban la menor atención a los judíos y se calentaban, brincando en el sitio y frotándose las orejas con las manoplas.*

El frío era terrible. Excecivo hasta en una ciudad norteña, era en Odessa verdaderamente monstruoso. Sólo una vez cada treinta años suele hacer allí tanto frío. Entre las

nubes de espeso vapor azulado y verdoso lucía débilmente el pequeño disco del sol. En la calzada veíanse gorriones congelados, muertos al vuelo por el frío. El mar estaba helado en cuanto abarcaba la vista. Era blanco. De allí soplabla el viento.

La mujer parecía rusa. El niño también parecía ruso. Su padre lo era. Pero aquello no significaba nada: la madre era judía. Debían ir al "ghetto". El padre era un oficial del Ejército Rojo. La mujer rompió su pasaporte al levantarse, lo arrojó al water y salió de casa con el niño para deambular por la ciudad hasta que todo se tranquilizase. Pensaba salvarse. Ir al "ghetto" era una locura. Equivalía a una muerte cierta. Y por eso deambulaba por la ciudad con el niño, evitando las calles más concurridas. Al principio, el niño, creyendo que paseaban, no decía nada. Pero pronto se cansó y se puso a lloriquear:

—Mamá, ¿por qué andamos tanto?

—Vamos de paseo.

—La gente no pasea tan de prisa. Estoy cansado.

—Aguanta un poquito, hijo. Yo también estoy cansada, pero no lloriqueo.

La mujer se dio cuenta de que, efectivamente, casi corría, como si alguien la persiguiese. Aminoró el paso. El niño la miró; no la reconocía. Fijó sus ojitos aterrorizados en los labios hinchados y mordidos de la madre, en el mechón de pelo, gris por el frío, que escapaba feamente del pañuelo, en los ojos inmóviles y vidriosos, con las pupilas dilatadas. Ojos como aquellos tenían los animales de juguete. La mujer miró de reojo y no lo vio. Apretándole la manecita, arrastró a su hijito. El niño, asustado, rompió a llorar.

—¡Quiero ir a casa! ¡Quiero comer!...

La madre lo llevó a una lechería; pero allí estaban desayunando dos policías rumanos con abrigos de *cuello de piel de perro*. La mujer no tenía documentación y, temerosa de que la detuvieran y la llevaran al "ghetto", aparentó haberse equivocado de puerta, se excusó y cerró apresuradamente, haciendo sonar la campanilla. Llegaron a otra lechería, en la que no había nadie. Aliviada, traspuso la madre el umbral, en el que había, clavada, una herradura. Allí compró al niño una botella de kefir y un panecillo. Mientras el niño, sentado en una silla alta, se tomaba el kefir, que le gustaba mucho, y se comía el bollito, la madre continuaba pensando febrilmente,

buscando una salida a su situación. No se le ocurría nada. Pero en el establecimiento ardía una estufilla metálica y allí podía uno calentarse. A la mujer le pareció que la dueña de la lechería la miraba con excesiva atención. Apresuradamente, pidió la cuenta y pagó. La dueña miró alarmada por la ventana y propuso a la mujer que continuara calentándose. La estufa estaba al rojo. Tenía un color un poco más oscuro que el de las cerezas. Despedía pequeñas chispas. El calor dio sueño al niño. Los párpados se le pegaban. Pero la madre no le dejó dormir. Dio las gracias a la dueña y le dijo que tenía prisa. Con todo, habían pasado allí cerca de una hora. El niño, soñoliento y ahito, apenas se tenía de pie. La madre le zarandeó, le subió el cuello del abrigo y le empujó ligeramente hacia la puerta. El niño tropezó en la herradura clavada en el umbral. Asidos de la mano, salieron a la calle. Crecían allí corpulentos plátanos de fina corteza, argentada por la escarcha.

—Quiero dormir —lloriqueaba el niño, cerrando los ojos por el frío viento.

La madre se hacía la sorda. Comprendía que su situación era desesperada. En aquella ciudad casi no tenían conocidos. Habían llegado dos meses antes de la guerra, y luego no pudieron evacuarse. Estaba completamente sola.

—Tengo las rodillas heladas —lloriqueó el pequeñuelo.

La madre se arrimó con él a una casa y le frotó las rodillas. El niño dejó de llorar. De pronto, la mujer recordó que en la ciudad tenía amigos. Trabaron conocimiento con los Pavlovski, a la sazón recién casados, en el "Grusia", cuando navegaban de Novorossiisk a Odessa.

El era *docente* en la Universidad y ella acababa de terminar la Escuela de Arquitectura. Se llamaba Vera. Se hicieron muy buenos amigos en el barco y, una vez en la ciudad, se visitaron unas dos veces. Un día hasta estuvieron de fiesta juntos. En una ocasión fueron a ver el partido de fútbol Jarkov-Odessa. Los Pavlovski eran "hinchas" del Odessa; ella y su marido del Jarkov. Ganó el Odessa. ¡Dios mío, la que se armó en aquel enorme estadio nuevo a orillas del mar! ¡Gritos, alaridos, ruidosas disputas!...

Entonces estuvieron a punto de regañar. Pero ahora le agradaba recordar aquel día. Pavlovski no estaba en la ciudad. Combatía en el Ejército Rojo. Pero Vera se había

quedado: no pudo evacuarse. Días atrás se habían visto en el mercado de Alejandro y estuvieron charlando unos minutos. Pero detenerse allí era peligroso. Los alemanes daban batidas casi a diario. Las mujeres no estuvieron juntas ni cinco minutos. No se habían vuelto a ver. Pero, Vera debía de encontrarse en la ciudad. ¿A dónde podría haber ido? Los Pavlovski eran rusos. Quizá pudieran ocultarse en casa de Vera. En último extremo, dejaría allí al chico. Los Pavlovski vivían bastante lejos, en la calle Pirogóvskaia, esquina del Bulevar Francés. La mujer se dirigió hacia allí.

—Mamá, ¿a dónde vamos, a casa?

—No, hijito, vamos de visita.

—¿A dónde?

—A casa de la tía Vera Pavlovskaia. ¿Te acuerdas de ella? Vamos a verla.

—Muy bien —dijo el pequeñuelo, tranquilizándose. Le gustaba ir de visita y se puso muy contento.

Por el puente de Stróganov cruzaron la calle que llevaba al puerto. La calle se llamaba Cuesta de Karantín. Abajo veíanse sombrías casas rectangulares de piedra blanca. Algunas habían ardido. Al final de la cuesta se perfilaban los arcos redondos de otro puente. Tras éste se divisaban las angulosas ruinas del puerto. Más allá, por encima de los tejados hundidos de las casas incendiadas, dormía aún el helado mar. En el mismo horizonte veíanse una franja de agua azul. En el hielo, en torno a las ruinas del famoso faro de Odessa, había varios transportes rumanos, pintados de un color plumizo. Lejos, a la izquierda, en la parte alta de la ciudad, perfilábase entre rosáceos y azulencas nubes de vapor la oscura cúpula del Teatro de la Opera, parecida a una concha gigantesca. La barandilla del puente de Stróganov la componía una larga hilera de elevadas picas de hierro. Las picas eran de un negro brillante. Abajo, ascendían por la cuesta gentes con baldes. El agua se vertía de los baldes y se helaba en la calzada, brillante como un cristal a la turbia luz del sol rosáceo. Todo, en su conjunto, era muy bello. A fin de cuentas, podrían pasar unos días en casa de Vera, y luego, ¡ya se vería!

Llevaban ya mucho tiempo caminando. El niño estaba cansado, pero no lloriqueaba.

Movía precipitadamente sus piernecitas enfundadas en las botitas de fieltro gris y se veía y se deseaba para seguir a su madre. Quería llegar cuanto antes a casa de la tía

Vera. Le gustaba ir de visita. Por el camino, la madre le frotó varias veces con nieve las mejillas, casi heladas. Cerca de la casa donde vivían los Pavlovski, llameaba en la acera una fogata, en la que se calentaban unos soldados. La casa era grande, tenía varios bloques. El portón lo habían cerrado con una cadena. Los alemanes estaban dando una batida. Pedían la documentación a todos los que entraban o salían. Aparentando llevar prisa, la mujer pasó de largo. Nadie se fijó en ella. El niño comenzó nuevamente a lloriquear. La madre le tomó en brazos y echó a correr por las baldosas de lava azulada de la acera. El niño se tranquilizó. La mujer reanudó su errabundeo por la ciudad. Le parecía que pasaba con demasiada frecuencia por los mismos lugares y que la gente empezaba a fijarse en ella. Entonces se le ocurrió que podría pasar algunas horas en el cine. Las sesiones comenzaban temprano, pues se castigaba con la pena de muerte a quienes salían a la calle después de las ocho de la tarde.

Sintió náuseas y vértigo al entrar en aquel salón fétido, lleno de soldados y de prostitutas, a las que, como a ella, el frío había obligado a abandonar las calles. Pero, por lo menos, allí hacía calor y se podía estar sentado. Le quitó la bufanda al niño, quien se durmió al instante, apretando sus manecitas contra el brazo de su madre. La mujer no salió de la sala en el transcurso de dos sesiones, comprendiendo con dificultad lo que ocurría en la pantalla. Quizás proyectaran un noticiero de guerra y, luego, alguna comedia o algo parecido: no podía coger el hilo. Todo se confundía en su cabeza. O bien toda la pantalla la llenaba la cabeza de una joven muy bonita, con rizos dorados, que apretaba una de sus mejillas contra el pecho de un hombre muy alto, sin cabeza, y los dos cantaban un dúo, o bien aquella misma muchacha viajaba en un automóvil de turismo muy bajito. Luego brotaban los surtidores negros de las explosiones: uno, dos, tres, cuatro, con un estruendo metálico, como si de un golpe se desgarrase un tejado de zinc en una, dos, tres, cuatro tiras, y llovían negras pellas de tierra con sordo ruido, cual si golpearan un tambor de hojalata. Unos tanques con fúnebres cruces avanzaban chirriantes, cabeceando, por campos que removía la artillería. Los largos cañones de los tanques vomitaban llamardas, aún más largas, y penachos de rizado

humo blanco.

Un soldado almena, con botas de fieltro remendadas y un gorro ruso de piel, se descargó pesadamente sobre el hombro de la mujer y, con sus sucios dedazos, se puso a hacer cosquillas al niño en el cuello, tratando de despertarle. Olfía a ajo y a aguardiente barato. Todo el tiempo carcajeaba alegremente repitiendo con estupidez:

—No duermas, bebé. No duermas, bebé.

El niño no se despertaba. Movía la cabecita, lloriqueaba en sueños. El alemán dejó caer su cabezota en el hombro de la mujer y, pasándole un brazo por los hombros, se puso a pellizcar al niño. La mujer callaba, temerosa de irritar al soldado. Temía que le pidiese la documentación. El alemán olfía a pescado ahumado. La mujer sintió náuseas. Hizo esfuerzos terribles para no estallar. Se exhortaba a ser paciente. A fin de cuentas, el alemán no hacía nada malo. Simplemente era un cerdo. Era un alemán de lo más decente. Se le podía aguantar. Pronto el alemán se durmió, la cabezota en el hombro de la mujer, que permanecía inmóvil. El alemán era muy pesado. Pero, afortunadamente, dormía.

La muchacha de los rizos dorados iba y venía de nuevo por la pantalla, y, con ella, se movía en la sala un largo haz de rayos blancos y negros. Con estruendo metálico brotaban los surtidores negros, y se arrastraban los tanques, y los batallones alemanes marchaban por las arenas del desierto, y sobre la Torre Eiffel se alzaba una enorme bandera fascista, y Hitler, con su menguada nariz picuda y su barbilla afeminada, sacando su femenino trasero, desorbitados los ojos, abría y cerraba la boca con gran rapidez. Abría y cerraba la boca tan de prisa, que el sonido se retrasaba un poco: "Gua, gua, guau...".

En la oscuridad, los soldados pellizcaban a las prostitutas, y éstas lanzaban chillidos. Hacía mucho calor, olfía a ajo, a salmón ahumado, a aguardiente, a medicamentos, a perfumes baratos. Pero, con todo, allí se estaba mejor en la calle. La mujer descansó un poco. Al niño se le quitó el sueño. Pero terminó la última sesión y tuvieron que abandonar el cinematógrafo. La mujer tomó al niño de la mano, y echaron a andar por la calle. La noche envolvía la ciudad. Nubes de denso vaho helado flotaban entre las casas a oscuras. El vapor pegaba las pestañas. En las calles ardían humeantes

fogatas, casi sofocadas por el frío. De cuando en cuando, se oía el restallido de un disparo. Las patrullas recorrían las calles. Eran las nueve. La madre tomó en brazos al niño dormido, pesado como un muerto, y echó a correr. El pensamiento de que cualquier patrulla podría detenerla la enloquecía. Buscaba las callejas más solitarias. Los plátanos y las acacias, cubiertos de escarcha, parecían fantasmas alineados al borde de las aceras. La ciudad estaba desierta y sumida en las tinieblas. A veces se abría una puerta en la oscuridad y, con la clara franja de luz que alumbraba un automóvil aterido a la entrada, salía por un instante de algún bar el gemido apasionado y chirriante del violín. La mujer llegó sin contratiempo al parque Shevchenko, que bordeaba el mar. Allí todo dormía. El silencio era más profundo aún el pie del acantilado, en el mar helado hasta el horizonte. El silencio que se cernía sobre el mar era compacto como un muro. Algunas titilaban sobre las albas ramas de los árboles. Por las estrellas se deslizaba el rayo azul de un reflector.

La mujer seguía por un ancho camino asfaltado. A la izquierda se encontraba aquel mismo estadio en el que vieran el partido Odessa-Járkov. Más allá de las ruinas del estadio se extendía el mar. En la oscuridad no le veía, pero se le adivinaba por el silencio. A la derecha se alzaban los árboles del parque. El ancho camino asfaltado relumbraba a la luz de las estrellas, como si fuera de papel de lija. La mujer reconocía a su paso los árboles. Había allí catalpas con largas vainas parecidas a cuerdas. Había también acacias piramidales, plátanos, arbustos bellamente podados... Cubiertos con escarcha, se fundían en una nube que pendía sobre la tierra. La mujer se detuvo por unos segundos, para recobrar el aliento, y, luego, siguió caminando lentamente a lo largo de la interminable hilera de bancos verdes, todos vacíos. Pero no, en uno de ellos había alguien. La mujer pasó de largo, tumultuoso el corazón. Una inmóvil figura negra reclinaba la cabeza en el respaldo del banco. La mujer se dio cuenta que la figura aquella estaba cubierta de escarcha, como un árbol. Sobre la negra cúpula del observatorio, que se eleva entre las nubes blancas del jardín, titilaban las estrellas de la osa mayor. Allí todo esta callado y no daba miedo. Quizá no le diera miedo porque estaba muy cansada.

A la mañana siguiente, cuando aún no había amanecido del todo, recorrían la ciudad los camiones que recogían los cadáveres de las personas muertas de frío durante la noche. Uno de los camiones iba lentamente por el ancho camino asfaltado del parque Shevchenko.

El camión se detuvo dos veces: una cerca de un banco en que se encontraba el cadáver de un viejo; otra, cerca de un banco en el que —cogidos de la mano— estaban sentados una mujer y un niño vestidos casi idénticamente. Llevaban unos abrigos bastante buenos de piel de mono sintética, botas de fieltro gris y guantes de lana de vistosos colores. Parecían vivos: únicamente la escarcha había recubierto sus rostros, durante la noche, de un túpida pelusa blanca; de sus pestañas pendían unos flecos de hielo. Cuando los soldados levantaban. No desdoblaron las piernas. Los alemanes tomaron impulso lanzaron al camión a la mujer, con las piernas dobladas. Cayó sobre el viejo con un ruido seco, como si fuera de madera. Después, los soldados hicieron lo mismo con el niño. Cayó sobre la mujer, con ruido seco, cual si fuera de madera, y hasta rebotó ligeramente.

Cuando el camión salía del parque, en el altavoz callejero cantó el gallo, anunciando el comienzo del nuevo día. Después, una voz infantil repitió tres veces, con acento angelical:

—¡Buenos días! ¡Buenos días! ¡Buenos días!

Luego, la misma voz, sin apresurarse, empezó a rezar fervorosamente, en rumano.

—Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea Tu nombre, venga a nos el Tu reino...

trad.: J. Vento

VALENTIN KATAEV (1897), novelista, dramaturgo y cuentista soviético. Obra: "Desfalcadores", novela corta (1926); "La Pequeña Puerta de Hierro" y "El Pozo Sagrado", nouvelles. Ha publicado relatos en diversas revistas. También una veintena de obras teatrales y varios guiones cinematográficos.

RAY BRADBURY

El Dragón

La noche soplaba en el pasto escaso del páramo. No había ningún otro movimiento. Desde hacía años, en el caso del cielo, inmenso y tenebroso, no volaba ningún pájaro. Tiempo atrás, se habían desmoronado algunos pedruscos convirtiéndose en polvo. Ahora, sólo la noche temblaba en el alma de los dos hombres, encorvados en el desierto, junto a la hoguera solitaria; la oscuridad les latía calladamente en las muñecas y en las sienes.

Las luces del fuego subían y bajaban por rostros despavoridos y se volcaban en los ojos como jirones anaranjados. Cada uno de los hombres espiaba la respiración débil y fría y los parpadeos de lagarto del otro. Al fin, uno de ellos atizó el fuego con la espada.

— ¡No, idiota, nos delatarás!

— ¡Qué importa! —dijo el otro hombre—. El dragón puede olerlos a kilómetros de distancia. Dios, hace frío. Quisiera estar en el castillo.

— Es la muerte, no el sueño, lo que buscamos...

— ¿Por qué? ¿Por qué? ¡El dragón nunca entra en el pueblo!

— ¡Cállate tonto! Devora a los hombres que viajan solos desde nuestro pueblo al pueblo vecino.

— ¡Que se los devore y que nos deje llegar a casa!

— ¡Espera, escucha!

Los hombres se quedaron quietos.

Aguardaron largo tiempo, pero sólo sintieron el temblor nervioso de la piel de los caballos, como tamboriles de terciopelo negro que repicaban en las argollas de plata de los estribos, suavemente, suavemente.

— Ah... —El segundo hombre suspiró—. Qué tierra de pesadillas. Todo sucede aquí. Alguien apaga el sol; es de noche. Y entonces y entonces, ¡Oh, Dios, escucha! Este dragón, dicen que tiene ojos de fuego, y un aliento de gas blanquecino; se lo ve

arder a través de los páramos oscuros. Corre echando rayos y azufre, quemando el pasto. Las ovejas, aterradas, enloquecen y mueren. Las mujeres dan a luz criaturas monstruosas. La furia del dragón es tan inmensa que los muros de las torres se conmueven y vuelven al polvo. Las víctimas, a la salida del sol, aparecen dispersas aquí y allá, sobre los cerros. ¿Cuántos caballeros, pregunto yo, habrán perseguido a este monstruo y habrán fracasado, como fracasaremos también nosotros.

— ¡Suficiente te digo!

— ¡Más que suficiente! Aquí, en esta desolación, ni siquiera sé en qué año estamos.

— Novecientos años después de Navidad.

— No, no —murmuró el segundo hombre con los ojos cerrados—. En este páramo no hay tiempo, hay sólo eternidad. Pienso a veces que si volviéramos atrás, el pueblo habría desaparecido, la gente no habría nacido todavía, las cosas estarían cambiadas, los castillos no tallados aún en las rocas, los maderos no cortados aún los bosques; no preguntes cómo sé; el páramo sabe y me lo dice. Y aquí estamos los dos, solos, en la comarca del dragón de fuego. ¡Que Dios nos ampare!

— ¡Si tienes miedo, ponte tu armadura!

— ¿Para qué? El dragón sale de la nada; no sabemos dónde vive. Se desvanece en la niebla; quién sabe dónde va. Ay, vistamos nuestra armadura, moriremos ataviados.

Enfundados a medias en el corselete de plata, el segundo hombre se detuvo y volvió la cabeza.

En el extremo de la oscura campaña, henchido de noche y de nada, en el corazón mismo del páramo, sopló una ráfaga arrasando ese polvo de los relojes que usaban polvo para contar el tiempo. En el corazón del viento nuevo había soles negros y un

millón de hojas carbonizadas, caídas de un árbol otoñal, más allá del horizonte. Era un viento que fundía paisajes, modelaba lo huesos como era cera blanda, enturbiaba y espesaba la sangre, depositándola como barro en el cerebro. El viento era mil almas moribundas, siempre confusas y en tránsito, una bruma en una niebla en oscuridad; y el sitio no era sitio para el hombre y no había año ni hora, sino sólo dos hombres en un vacío sin rostro de heladas súbitas, tempestades y truenos blancos que se movían por detrás de un cristal verde: el inmenso ventanal descendente, el relámpago. Una ráfaga de lluvia anegó la hierba; todo se desvaneció y no hubo más que un susurro sin aliento y los dos hombres que aguardaban a solas con su propio ardor, en un tiempo frío.

—Mira... —murmuró el primer hombre—, Oh, mira allá...

A kilómetros de distancia, precipitándose, un cántico y un rugido, el dragón.

Los hombres vistieron las armaduras y montaron los caballos, en silencio. Un monstruoso ronquido quebró la medianoche desierta, y el dragón, rugiendo, se acercó, y se acercó todavía más. La deslumbrante mirada amarilla apareció de pronto en lo alto de un cerro, y en seguida, desplegando un cuerpo oscuro, lejano, impreciso, pasó por encima del cerro y se hundió en un valle.

—¡Pronto!

Espolearon las cabalgaduras hasta un claro.

—¡Por aquí pasa!

Los guanteletes empuñaron las lanzas y las viseras cayeron sobre los ojos de los caballos.

—¡Señor!

—Sí, invoquemos su nombre.

En ese instante, el dragón rodeó un cerro. El monstruo ambarino se clavó en los hombres, iluminando las armaduras con destellos y resplandores bermejos. Hubo un terrible alarido quejumbroso, y un ímpetu demoleedor, y la bestia prosiguió su carrera.

—¡Dios misericordioso!

La lanza golpeó bajo el ojo amarillo sin párpado, y el hombre voló por el aire. El dragón se le lanzó, lo derribó, lo aplastó, y el hombre negro lanzó el otro jinete a unos treinta metros de distancia, contra la pared de una roca. Gimiendo, gimiendo

siempre, el dragón pasó vociferando, todo fuego alrededor y debajo: un sol rosado, amarillo, naranja, con plumones suaves de humo ennegecedor.

—¿Viste? —gritó una voz— ¿No te lo había dicho?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Un caballero con armadura! ¡Lo atropellamos!

—¿Vas a detenerte?

—Me detuve una vez; no encontré nada. No me gusta detenerme en este páramo. Me pone la carne de gallina. No sé qué siento.

—Pero atropellamos algo.

—El tren silbó un buen rato; el hombre no se movió.

Una ráfaga de humo dividió la niebla. Llegaremos a Stokely a horario. Más carbón, ¿eh, Fred?

Un nuevo silbido, que desprendió el rocío del cielo desierto. El tren nocturno, de fuego y furia, entró en un barranco, trepó por una ladera y se perdió a lo lejos sobre la tierra helada, hacia el norte, desapareciendo para siempre y dejando un humo negro y un vapor que pocos minutos después se disolvieron en el aire quieto.

RAY BRADBURY (1920, Illinois) novelista y cuentista norteamericano. Su narrativa explora magistralmente el área de la anticipación científica y el tema de lo fantástico. Ha sido llamado "el poeta de la ciencia-ficción".

Obra: "Crónicas Marcianas" (1950); Fahrenheit 451 (1953); "Las Doradas Manzanas del Sol" (1953); "El país de octubre" (1956); "Fantasmas de lo Nuevo" (1969); entre otras.

ITALO CALVINO

El Bosque de la Autopista

El frío tiene mil formas y mil maneras de moverse por el mundo: por el mar corre como una manada de caballos, a los campos se arroja como una nube de langosta, en las ciudades como una hoja de cuchillo corta las calles y se mete por las rendijas de las casas sin calefacción. En casa de Marcovaldo aquella noche habían terminado hasta la última astilla, y la familia, abrigada hasta los ojos, veía en la estufa empalidecer las brasas, y de sus bocas brotar las nubecillas a cada respiro. Nada decían ya; las nubecillas hablaban por ellos: la mujer las producía largas como suspiros, los hijos las soltaban absortos como pompas de jabón y Marcovaldo las lanzaba al techo a golpes como relámpagos de genio que al momento se disipan.

Finalmente Marcovaldo se decidió: —Voy por leña; a lo mejor encuentro—. Se embutió cuatro o cinco periódicos entre chaqueta y camisa como coraza contra un mal aire, disimuló bajo el gabán una larga sierra dentada, y así se lanzó a la noche, seguido por las largas miradas esperanzadas de la familia, produciendo crujidos de papel a cada paso y con la sierra asomando de vez en cuando por el embozo.

Andar por leña en la ciudad: ¡casi nada! Marcovaldo se dirigió inmediatamente hacia un cacho de jardín público que había entre dos calles. Todo estaba desierto. Marcovaldo estudiaba las desnudas plantas una a una pensando en la familia que le aguardaba entre castañeteo de dientes...

El pequeño Michelino castañeteaba los dientes, leía un libro de cuentos, tomado en préstamo de la bibliotecuilla de la escuela. El libro hablaba de un niño, hijo de un leñador, que salía con su hachuela a hacer leña en el bosque. —Ahí es donde hay que ir —dijo Michelino—, ¡al bosque! ¡Allá sí que hay leña! —Nacido y crecido en la ciudad, en su vida había visto un bosque ni de lejos.

Dicho y hecho, lo combinó con sus

hermanos: uno tomó una destral, otro un gancho, el tercero una cuerda, dijeron adiós a su madre y partieron en busca de un bosque.

Caminaban por la ciudad alumbrada por las farolas, y no veían más que casas: lo que es bosques, ni la sombra. Se cruzaban con algún raro transeúnte, mas no se atrevían a preguntarle dónde había un bosque. Así llegaron donde se acababan las casas de la ciudad y la calle se convertía en autopista.

A ambos lados de la autopista los chiquillos vieron el bosque: una tupida vegetación de extraños árboles cubría la vista de la llanura. Tenían troncos muy finos, tiesos o torcidos; y copas chatas y extendidas, con las más extrañas formas y más extraños colores cuando algún auto al pasar las iluminaba con los faros. Ramas en forma de dentrífico, de rostro, de queso, de mano, de navaja, de botella, de vaca, de neumático, cubiertas con un follaje de letras del alfabeto.

—¡Viva! —soltó Michelino—, ¡aquí está el bosque!

Y los hermanos miraban embelesados a la luna despuntando entre aquellas extrañas sombras:

—Qué bonito es...

Michelino los devolvió de pronto al objeto que les llevó allá: la leña. En consecuencia abatieron un arbolillo que tenía forma de prímula amarilla, lo hicieron pedazos y se lo llevaron para casa.

Marcovaldo regresaba con su menguada carga de ramas húmedas, y se encontró con la estufa encendida.

—¿Dónde la habéis encontrado? —exclamó señalando los restos del cartel publicitario que, por tratarse de madera contraplacada, había ardidido muy aprisa.

—¡En el bosque! —respondieron los niños.

—¿Y qué bosque?

—El de la autopista. ¡Está hasta arriba!

En vista de que la cosa era tan sencilla, y

que otra vez hacía falta leña, más valía seguir el ejemplo de los chicos. Marcovaldo volvió a salir con su sierra y se encaminó hacia la autopista.

El agente Astolfo de la policía de carretera era algo corto de vista, y de noche, cuando cumplía corriendo en moto su servicio, la verdad es que necesitaba gafas; pero no lo decía, por miedo a que pudiera perjudicarle en su carrera.

Esta noche alguien ha denunciado que en la autopista una banda de pilluelos está derribando los carteles de anuncio. El agente Astolfo sale de inspección.

A los lados de la carretera, la selva de extrañas figuras admonitorias y gesticulantes acompaña a Astolfo, quien las escruta una a una, saliéndosele de las órbitas los ojos miopes. De pronto, a la luz del faro de la moto, sorprende a un granujilla encaramado en un cartel. Astolfo frena: — ¡Eh!, ¿qué haces ahí, tú? ¡Bájate al momento! — El otro no se mueve y le saca la lengua. Astolfo se acerca y ve que se trata del anuncio de unos quesitos, con un mofletudo que se relame—. Vaya, vaya — dice Astolfo, y parte a todo gas.

Al rato, en la sombra de un cartel enorme, ilumina una triste cara asustada. — ¡Alto ahí! ¡No intentes escapar! — Pero nadie se escapa: es un dolorido rostro humano pintado en mitad de un pie todo lleno de callos: el anuncio de un callicida—. Oh, perdón — dice Astolfo, y sale zumbando.

El cartel de un sello contra la jaqueca era una gigantesca cabeza de hombre, con las manos sobre los ojos por tanto dolor. Astolfo pasa, y el faro ilumina a Marcovaldo subido en todo lo alto, que con su sierra intenta cortarle un cacho. Deslumbrado por aquella claridad, Marcovaldo se hace un rebullo y permanece inmóvil, agarrado de una oreja de semejante cabezudo, con la sierra que ha llegado ya a mitad de la frente.

Astolfo lo estudia a fondo, dice: — ¡Ah, sí: sellos Destapa! ¡Un cartel eficaz! ¡Bien ideado! ¡El hombrecillo allá arriba con su sierra representa la jaqueca que parte la cabeza en dos! ¡Al momento lo he entendido! — Y prosigue su camino.

Todo es silencio y hielo. Marcovaldo lanza un suspiro de alivio, se afianza en el incómodo caballete y reanuda su tarea. En el cielo iluminado por la luna se propaga el apagado graznar de la sierra contra la madera.

Italo Calvino, italiano nacido en Cuba, 1923. Licenciado en Literatura. Periodista y crítico literario, pertenece a la generación de la lucha contra el fascismo, Brigadas Gariibaldi. Se inicia como escritor con narraciones realistas, testimonio de la guerra.

Obras: El sendero de los nidos de araña, 1947. Último viene el cuervo, 1949. El visconde demediado, 1952. El barón Rampante, 1957. El caballero inexistente, 1958.

OSCAR CASTRO

Lucero

Recortadas unas sobre otras, las cresterías de la cordillera barajan sus naipes hasta donde la mirada de Rubén Olmos puede alcanzar. Cumbres albísimas, azules hondonadas, contrafuertes dentados, enhiestas puntillas van surgiendo ante su vista, siempre cambiantes, cada vez más difíciles al paso a medida que ascienden. Antes de iniciar un repecho demasiado fatigoso, el viajero decidido concede un descanso a su cabalgadura, que resopla ya como un fuelle. Y cuando se ha detenido cruza su pierna izquierda por encima de la montura y despeña su mirada hacia el valle. Primero le salta a la pupila el espejo del río, que alarga con desgano su caprichoso serpenteo por entre pastizales y sembrados. Pasan luego sus ojos por sobre los cuadriláteros de unos cuantos potreros y busca el pueblo de donde partiera en la mañana. Allí está, escaparate de juguetería, con sus casas enanas y los tajos oscuros de sus calles. Algunas planchas de cinc devuelven el reflejo solar, tajeando el aire con pleteado y violento resplandor.

Con un aleteo de párpados, Rubén Olmos borra la imagen del valle y examina a su cabalgadura, cuyos mojados ijares se contraen y elevan un rítmico movimiento.

—¿T'estay poniendo viejo, "Lucero"? —interroga con tono cariñoso. Y el animal gira su cabeza negra, que tiene una mancha blanca (plagio de una estrella) en la frente, como si comprendiera.

—Güeno, también es cierto que harto habís trabajao; pero te quean años de viajes toavía. Por lo menos, mientras la cordillera no se bote a mairastrá...

Torna a mirar la mole andina, familiar y amiga para él y "Lucero"; no en balde la han atravesado durante once años. Rubén Olmos, encandilado un poco por la llamarada blanca del sol en la nieve, piensa en sus compañeros de viaje y en la ventaja que le llevan. Pero no le concede importancia al detalle: está cierto de darles alcance antes que anochezca.

—Siempre que vos me acompañís; la'e no

vamos a tener que alejar solitos —manifiesta al caballo, completando su pensamiento.

Rubén Olmos es baqueano antiguo. Aprendió la difícil ciencia junto a su padre, que desde niño lo llevó tras él por entre peñascales y barrancos, pese a sus rebeliones y a la desconfianza que le inspiró al comienzo la cordillera. Cuando el viejo murió —tranquilamente en su cama— el patrón de la hacienda lo designó a él como reemplazante. Cruzó por lo menos cien veces esta barrera, que al principio se le antojara inexpugnable y trajo arreos numerosos de ganado cuyano, siempre en buenas relaciones con la fortuna.

Eigió a "Lucero" cuando éste era todavía un potrillo retozón y él mismo tuvo a su cargo la tarea de domarlo. Desde entonces nunca quiso aceptar otra cabalgadura, a pesar de que su patrón le regaló dos "bestias" más, de mayor empuje al parecer, y de superiores condiciones. Este caballo ha sido para él una especie de mascota a la que se aferró la superstición de su vida siempre jugada al azar.

El baqueano, habituado a la lucha épica contra los elementos, antes que por las hembras se apasionó por el peligro. Con instintiva sabiduría puso su devoción en un bruto, presintiendo quizá que de él no podía esperar desaires ni traiciones. Si un día le dieran a elegir entre la vida de su hermano y la de "Lucero", vacilaría un rato antes de decidirse. Porque el animal, más que un vehículo, significó desde el comienzo un amigo para él. Fue algo así como la prolongación de sí mismo, como la vibración de sus músculos continuando en los tendones de "Lucero".

Rubén Olmos nació con la carne tallada en dura sustancia. Sintió la vida en oleadas golpeándole las rutas de su ser. Arriba de un caballo fue siempre el que conduce, no el que se deja llevar. Y esta fuerza pidió espacio para vaciarse; ninguno pudo resultarle más propicio ni más adaptado a sus medios que la tumultuosa crestería de los Andes.

Mirado sin atención, el baqueano es un hombre como todos. A lo sumo, da sensación de confianza en sí mismo. Debajo de su piel cobriza y de su nariz achatada asoma la evocación de algún indio, su antepasado. Su risa no tiene resplandores; se le oscurece en los ojos y, a lo más, blanquea en la punta de sus dientes. Apacientador de soledades, aprendió de ellas el silencio y la profundidad. Con "Lucero" se entiende mejor que con los humanos. Será porque el caballo no responde. O porque dice siempre que sí con sus ojos tiernos y húmedos. ¡Vaya uno a saber!

—Güeno, ahora vamos andando.

Asentando sus cascos en cualquier hendidura, el caballo enfila en dirección al cielo. El jinete, inclinado hacia delante, lleva el compás del balanceo. Ruedan piedrecillas hacia las profundidades y tintinean las argollas del freno. Y "Lucero" —tac-tac-tac— arriba, por fin, a la cima, tras caminar un cuarto de hora.

En la altura, el viento es más resistente, más cargado de agujas frías. Resbala por la cara del baqueano. Busca cualquier hueco de la manta para clavar su diente. Sin embargo, la costumbre inmuniza al hombre de su ataque. Y por más que el soplo insiste, no consigue inmutarlo.

Traspuestas unas cuantas cadenas de montañas, ya no se divisa el valle. Hay cerros hacia donde se vuelve la mirada. Y arriba, un cielo frágil, puro, más azul que el frío del viento, manchado apenas por el vuelo de un águila, señora de ese predio inabarcable.

La soledad de la altura es ancha, tan diáfana desamparada, que el viajero siente a veces la leve sensación de ahogarse en el viento, como si se hallara en el fondo de un agua infinitamente liviana. Pero el hombre no tiene tiempo de admirar las perspectivas magníficas del paisaje. Ni esta atmósfera que parece una burbuja translúcida; ni el verde rotundo y orquestal de las plantas, ni la sinfonía de pájaros e insectos que ascienden en flechas finas hacia la altura, dicen nada a su espíritu tallado en oscuras sustancias de esfuerzo y decisión.

Desde una puntilla que resalta por sobre sus vecinos, Rubén Olmos explora el sendero con la esperanza de divisar a quienes lo preceden. Pero la mirada vuelve vacía de este peregrinaje. El hombre arruga la boca. Sus cuatro compañeros, que partieron de la hacienda una hora antes que él, le han toma-

do mucha ventaja. Tendrá que forzar a su pingo.

A su paso van surgiendo lugares conocidos: La Cueva del León, La Puntilla del Cóndor, La Quebrada Negra. "Mis compañeros pueden estar esperándome en el Refugio del Arriero", piensa, y aprieta las espuelas en las costillas de "Lucero".

El sendero es apenas una huella imprecisa, en la cual podrían extraviarse otros ojos menos experimentados que los suyos. Pero Rubén Olmos no puede engañarse. Este surco anémico por donde transita es una calle abierta y ancha que conduce a un fin: la tierra cuyana. A medida que asciende, la vegetación cambia de tono. Se hace más dura y retorcida para resistir los embates de las tormentas. Espinos, romerillos, quiscos filudos, ponen brochazos nocturnos en el albor de la nieve. La soledad comienza a tornarse cada vez más blanca y honda, revistiéndose de una majestuosa serenidad. El sol, ya soslayado hacia Occidente, forcejea por tamizar su calor a través del viento.

Cambia de pronto el decorado, y el caballo del baqueano desemboca en un inmenso estadio de piedra. Dos montañas enormes enfrentan sus paréntesis, encerrando un tajo cuyo fondo no se divisa. Parece que un inmenso cataclismo hubiera hendido allí la cordillera, separándola de golpe en dos.

El jinete detiene a "Lucero". El Paso del Buitre ejerce una extraña fascinación en su mente. A los quince años, cuando la atravesó por vez primera, se le ocurrió mirar hacia abajo, pese a las advertencias de su padre, y al cabo de un momento vio que la hondonada empezaba a girar semejante a un embudo azul. Algo como una garra invisible lo tiraba hacia el abismo, y él se dejaba ir. Por fortuna, "taita" advirtió el peligro y destruyó la fascinación con un grito imperioso: "¡Güelve la cabeza, baulaque!". Desde entonces, a pesar de toda su serenidad, no se atreve a descolgar sus ojos hacia aquella profundidad insondable. Además, el Paso del Buitre tiene su leyenda. No puede ser atravesado en Viernes Santo por un arreo de ganado sin que ocurran terribles desgracias. También su padre le advirtió este detalle, contándole, como ilustración, diversos casos en que la sima se había tragado reses y caballos de modo inexplicable.

En verdad, el paso es uno de los más impresionantes que puede presentar la cordillera. El sendero tiene allí unos ochenta cen-

tímetros de ancho: lo justo para que pueda pasar un animal entre el muro de piedra y el abismo. Un paso en falso... y hasta el Juicio Final. Antes de aventurarse por aquella repisa suspendida quién sabe a cuántos metros del fondo, Rubén Olmos cumple escrupulosamente la consigna establecida entre los transeúntes de la cordillera: desenfunda su revólver y dispara dos tiros al aire para advertir a cualquier posible viajero que la ruta está ocupada y debe aguardar. Los estampidos expanden sus ondas por el aire diáfano. Rebotan en las peñas y vuelven multiplicados, hasta los oídos del baqueano. Tras un momento de espera, el jinete se decide a reanudar su viaje. "Lucero", asentando con precisión sus cascos en la roca, prosigue la marcha, sin notar al parecer, el cambio de fisonomía en la ruta, "¡Caballo lindo!", musitó el hombre, resumiendo en esas palabras todo su cariño hacia el bruto.

Lo que ocurre en seguida nunca podrá olvidarlo Rubén Olmos.

Al salir de un recodo cerrado, el corazón le da un vuelco enorme. En dirección contraria, a menos de veinte pasos, viene otro hombre, cabalgando un alazán tostado. El estupor, el desconcierto y la ira se barajan en el rostro de los viajeros. Ambos, con impulso maquinal, sofrenan sus caballos. El primero en romper el angustioso silencio es el jinete del alazán. Tras una gruesa interjección, añade a gritos:

—¿Y cómo se le ocurre meterse en el camino sin avisar...?

Rubén Olmos sabe que con palabras nada remediará. Prosigue su avance hasta que las cabezas de los caballos casi se tocan. En seguida, saca una voz tranquila y segura del fondo de su pecho:

—El que no disparó jué usted, amigo.

El otro desenfunda su revólver, y Rubén hace lo mismo con rapidez insospechadas en él. Se miran un momento fijamente, y hay un chispazo de desafío en sus ojos. El desconocido tiene unas pupilas aceradas, frías, y unas facciones acusadoras de voluntad y decisión. Por su exterior, por su seguridad, parece hombre de mente, habituado al peligro. Ambos comprenden que son dignos adversarios.

Rubén Olmos se decide por fin a establecer que la razón está de su parte. Empuñando su arma con el cañón hacia el abismo, para no infundir desconfianza, extrae las balas, presentando un par de vainillas vacías.

—Aquí están mis dos tiros —expresa.

El desconocido lo imita, y presenta, igualmente, dos cápsulas sin plomo.

—Mala suerte, amigo; disparamos al mismo tiempo —expresa el baqueano.

—Así es, compañero. ¿Y qué hacemos ahora?

—Entonces uno tiene que quearse de a pies.

—Lo qu'es golver, no hay que pensarlo si quiera.

—El que la suerte diga.

—Sí, pero... ¿Cuál de los dos?

Y sin mayores comentarios, el jinete del alazán extrae una moneda del bolsillo y, colocándola sin mirarla entre sus manos unidas, dice a Rubén Olmos:

—Pida.

Hay una vacilación inmensa en el espíritu de Rubén. Aquellas dos manos unidas que tiene ante los ojos guardan el secreto de un veredicto inapelable. Poseen mayor fuerza que todas las leyes escritas por los hombres. El destino hablará por ellas con su voz inflexible y escueta. Y, como Rubén Olmos nunca se rebeló ante el mandato de lo desconocido, dice la palabra que alguien moduló en su cerebro:

—¡Cara!

El otro descubre, entonces, lentamente, la moneda, y el sol oblicuo de la tarde brilla sobre el ramo de laureles con una hoz y un martillo debajo: el baqueano ha perdido. Ni un gesto, sin embargo, acusa su derrumbe interior. Su mirada se torna dulce y lenta sobre la cabeza y el cuello de "Lucero". Su mano, después, materializa la caricia que brota de su corazón. Y, finalmente, como sacudiendo la fatalidad, se deja deslizar hacia el sendero por la grupa lustrosa del caballo. Desata el fusil y el morral con provisiones que van amarrados a la montura. Quita después el envoltorio de mantas que reposa sobre el anca. Y todo ello va abriendo entre los dos hombres un silencio más hondo que el de la soledad andina.

Durante estos preparativos, el desconocido parece sufrir tanto como el perdedor. Aparentando no ver nada, trenza y destrenza los correones del rebenque. Rubén Olmos, desde el fondo de su ser, le da las gracias por tan bien mentida indiferencia. Cuando su penosa labor ha finalizado, dice al otro, con voz que conserva una indefinible y desesperada firmeza:

—¿Encontró en el camino a cuatro arrie-

ros con dos mulas, por casualidad?

—Sí, en el Refugio estaban descansando.
¿Son compañeros?

—Sí, por suerte.

“Lucero, sorprendido tal vez de que se le quite la silla en tan intempestivo lugar, vuelve la cabeza y Rubén contempla por un momento sus ojos de agua mansa y nocturna. La estrella de la frente. Las orejas erguidas. Las narices nerviosas... Para decidirse de una vez, echa al aire su voz cargada de secreta pesadumbre:

—Sujete bien su bestia, amigo —el otro afirma las riendas, desviando la cabeza de su alazán hacia el cerro.

Entonces Rubén Olmos, como quien se descuaja el corazón, palmotea nuevamente a “Lucero” en el cuello, y de un empujón inmenso, lo hace rodar al abismo.

Oscar Castro, Rancagua (1910-1947). Poeta, narrador y profesor de Castellano. Formó parte del grupo literario Los Inútiles, junto a los escritores Gonzalo Drago, Nicomedes Guzmán, Baltazar Castro, entre otros; publicaron la revista NADA.

Alguna de sus obras: Camino del Alba, 1938. Huellas en la tierra, 1940. La vida simplemente, 1957 (edición póstuma).

Silverio Muñoz

PREGUNTO POR O'HIGGINS...

Me despierto a las cuatro de la madrugada. Me despierta el ladrido de un perro. Cuando, en qué parte escuché alguna vez el ladrido de ese perro. Pareciera surgir de Limerick como un golpeteo de campana que se desparramase a través de fosas. Y sin embargo no vibra, simplemente cae sobre el silencio como una gota negra. Me acerco a la ventana y descubro una luminosidad muy leve, levísima, irrumpiendo entre los árboles, sobre los pastos, en los techos que se juntan hacia el oriente. Y me rememoro caminando a través de sus calles, mirando con abatimiento sorprendido esos rostros que pasan con una inquietud difusa en las pisadas. Hay experiencias curiosas en cualquier día de los nuestros. Porque es curiosa, casi indefinible esta sensación de saberse rodeado de irlandeses. Ver esas paredes donde se multiplican las consignas del IRA, las fotografías de Bobby Sands y de tantos, esta antigua manera de luchar, de alzar el puño. Y es por eso que la ciudad me va ganando, llevándome a sus bares donde por fin me atrevo a preguntar por O'Higgins. Porque de seguro Tú permaneces aquí, en este ladrido que me despierta, en estos pastos que huelo sediento de paréntesis, en esos dientes que caen detrás de la lengua, en la articulación de un inglés que al inglés recordar no quieren. "O'Higgins, claro, cómo no". Y casi de inmediato el nombre de Allende. "Porque usted vivió lo de Allende, ¿no es cierto?". Tiene un hijo en las cárceles del norte. Ocho años lleva detenido en las mazmorras. Y no sabe cuándo podrá salir. Ahora tiene 25. "¿Ya se puso en contacto con los chilenos de Shannon?"

Me levanto para ir al baño. En las mesitas del fondo hay varios cuerpos de tez rojiza. Cuerpos de mirada acogedora, pequeñas manos que me indican que el baño está por el otro lado, porque aquél es el cuarto de las mujeres. "¿Mujeres?". Y sí, aunque la ley ya no lo indica, se mantiene aquí en Irlanda la costumbre de separar los cuartos donde han de beber las mujeres, y este espacio mu-

cho más vasto reservado a los hombres, porque ellos son hombres, hombres de nariz pronunciada, de pómulos definitivamente blancos.

Me ofrecen un Woodbine. "El tabaco viene de Virginia, pero el cigarrillo lo fabricamos nosotros". Mientras me lo prenden alcanzo a leer en el extremo de abajo: **Manufactured in the Republic of Ireland**. Después advierto una cruz que le cae a alguien del pecho. "Es una cruz céltica, ¿la quiere?"

Es eso. El ladrido del perro es eso. Esas mujeres saliendo de la Iglesia. Esas velas que arden en ofrenda del que uno quiera. Porque si uno tiene cinco pence, puede sacar una vela y allegar la llama a la mecha. "Pero nuestro cristianismo es mucho más antiguo que el catolicismo. Fíjese usted que...". Dónde, oh Dios, dónde...

"Del norte, sí. Toda mi vida he sido del norte". Un perro se recuesta alrededor de mis pies. "Y si no estoy allá ahora, es porque simplemente me matarían". Le paso la mano sobre el lomo. "He pasado mi vida combatiendo a los británicos". Otro sorbo de stout. "Obscurece tarde, sí, cerca de las once de la noche. Y los bares cierran a las doce".

Es eso. Ese cura de capa blanca que conversaba con dos mendigos. "¿Los del sur?". Que conversaba sobándose el estómago. "No, nunca. Es decir, hacen sólo la parada". Primero lo había visto de espaldas. Impresionante en su manto blanco, de espaldas. "Y ni siquiera antes. Siempre han sido unos cobardes".

"Dublín le gustará. Aunque más le gustaría Belfast". Prendemos otro Woodbine. "¿Y cómo es New York...?"

El perro. El ladrido del perro. Entre letanías y naufragios etílicos, oh Tú, Padre del Sur definitivo, en la patria de las araucarias, de los pañales que la lluvia resguarda. Todavía.

Silverio Muñoz, fundador en Chile del grupo Arúspide y director de la revista homónima (Universidad de Concepción, 1964-1969), ha residido desde 1974 en los Estados Unidos, donde viajó para completar sus estudios de literatura latinoamericana en la University of California, San Diego (M.A., 1975; Ph. D., 1978), y en donde posteriormente ha permanecido ejerciendo la docencia universitaria. Actualmente es profesor en el Department of Modern and Classical Languages of Saint John's University en Minnesota.

Autor de numerosos artículos en su campo, el Instituto para el Estudio de Ideologías y Literatura de la University of Minnesota le publicó, en 1980, su libro José María Arguedas y el mito de la salvación por la cultura. Es editor asimismo de un libro de ensayos (ya aceptado para su publicación en España), redactor del manuscrito *La ironía y los modos de lo irónico en Rayuela de Cortázar*, y compilador de una extensa antología sobre Poesía Chilena PosNeruda.

Eduardo Correa

ENSAYOS SOBRE UN MISMO TEXTO DE UNA VOLUNTAD RESQUEBRAJADA

"¡Hey! ¡Hey! ¡Hey! ¡Hey!

Mira el cielo

con un rojo diabólico

la casa de alguien se incendia

hasta el fin,

fin,

fin,

fin,

House Burning Down by Jimi Hendrix.

—“Se asume lo que no duele”—. La voz de la Marqués resonó dejando caer las palabras como una cascada; goterones de agua escurriéndose por los costados de las peñas de la caída principal. Porque las aseveraciones del Marqués siempre tenían la noción de que lo verdaderamente importante estaba en aquellos territorios aledaños a lo dicho.

—“Como la sonrisa indeleble asomándose al cógito, como la necesidad básica por armar el asidero; la instancia decisiva misma, el hallazgo, aún como ahora, más que ahora y siempre”—.

Y es que el Marqués tenía ese don prodigioso de estampar sus palabras en el aire de una manera casi mágica y los que lo mirábamos sabíamos perfectamente que los círculos trazados no se iban a borrar jamás y que iban a permanecer ahí, escondiéndose, alternando con poliedros, con espirales ennegrecidas por el tabaco de los cigarros que fumaba el Marqués, y que lo mejor era pasar calladamente y salir pegados a la pared una vez que la clase terminara, para no caer en una red de exágonos difusos que habían estado allí, acechantes desde semanas; desde que supimos que era el Marqués y no otro el que iba a dictar la asignatura. Entonces todos pensamos que al fin, que esta vez sí que ahora nos tocaría comprobar por nuestros propios ojos los decires acerca de sus amores rumanos, de aquella princesa lituana que se había perdido en la guerra y que había sido su amor de siempre, de nunca y ahora, y que nadie sospechaba cuándo, cómo y qué bebía para emborracharse tanto, hasta

terminar la clase a los cinco minutos de haberla comenzado anotando sólo una frase en la pizarra: “se asume lo que no duele”, así sin mayúsculas, con una letra temblorosa y abrir apresuradamente la puerta para perderse por los pasillos de la universidad. Otras veces, en el mismo estado alcohólico, prolongaba su clase más allá de seis horas y los alumnos no se movían de sus asientos, se quedaban quietos viendo cómo la pizarra y después el aire se poblaban de extrañas configuraciones geométricas, restos de ideas desperdigadas casi en un azar que tenía mucho de premeditación, y que los fantasmas de los citados al dedillo se sentaban detrás nuestro, recitando sus propias frases en una lenta y monocorde letanía.

—“La certeza infamante como recuerdo incompleto, al asumir se convierte en el factor central de todas las perspectivas posibles”.

Y el mundo ya no era aquel óvalo visto y reconocido en la pura dimensión del aire y la pizarra, sino que se convertía en una especie de juego multiforme de espejos que se iban repitiendo ellos mismos en un infinito que nos hacía pensar en vértigos, en insondables abismos de profundidades nunca antes vistas. Su rostro se contraía y después de cerrar los ojos entraba a recitar el poema náhuatl que según todos eran fragmentos dispersos de diversos textos antologados en una historia de la literatura mexicana, que los más interesados por los misterios del Marqués habíamos descubierto en la biblioteca con su nombre estampado regularmente a partir del año cincuenta.

Lo de Marqués le venía quizá por lo incierto de su origen europeo y se unía a sus ya tantas historias que aumentaban día a día, reunión en reunión. Lo cierto es que no nos extrañó que nos anunciara que la segunda sesión estuviera dedicada al tema de la muerte y que no hubiera venido esa misma clase. Las analogías no se hicieron esperar, las conclusiones eran evidentes y una pequeña comisión fue enviada al barrio para tratar de averiguar detalles y otra, más grande, a la oficina del director de la escuela para tratar de explicar de alguna manera las conclusiones a que habíamos llegado después de un extenso debate donde surgieron opiniones diversas, como la que pretendía ver en la ausencia del Marqués un tinte maquiavélico-conspirativo que convertía todo en una maniobra de aquellos que querían ocultar

la divulgación de sus ideas revolucionarias sobre la vida y, por lo tanto, de su síntesis, la muerte. A la pregunta sobre la antítesis, Avendaño esgrimió la idea de la anti-vida o de la infravida, idea que trató de probar en un discurso de quince minutos que fue acallado por la segunda moción —también deshecha por inverosímil—, aunque a esas alturas o todo era verídico o nada lo era, no había puntos medios en la discusión y pensar en la idea del rapto por organismos internacionales que lo habrían llevado hasta los Himalayas para conservar sus secretos fuera del alcance de los morales, era tan factible como pensar en su escape con una bailarina travesti hasta París, portando una valija repleta de dólares producto de una gran transacción de coca, o quizá la de su reclusión en un monasterio trapense bajo un nombre falso el que jamás sería descubierto por impronunciabile. Pero todo cayó en la certeza terrible a partir de las coincidencias evidentes. Lo habían llamado a la pensión donde vivía y no lo habían encontrado ni sabían de él, que la portera no iba a saber, si hacía más de un mes que le cobraba los gastos comunes y él con su despiste, sus libros y sus cosas, pero de plata nada. De manera que quedaba nada más que pensar en las distintas alternancias que adquiriría la muerte cuando se iba conformando en una figura con los contornos demasiado reales. Se pensó en el suicidio, pero los vaticanos rechazaron la tesis pues pensaban en los preceptos morales del Marqués, comunes —según ellos— a sus propias ideas de los grandes temas. Ahí la gauchada adoptó una posición más combativa y dijo que no, que era imposible, que muy Marqués sería, pero que también compartía los ideales de una sociedad donde las clases fueran abolidas y sólo existiera la gran fraternidad humana, y que ruso no era, pero Lituania estaba cerca o por lo menos eso le parecía a los del partido que habían llevado esta posición a referéndum interno y urgente. Los sarcófagos optaron por el silencio, salvo algunos que discutieron vagamente las afirmaciones de fraternidad sacando ejemplos del Este que muchos esperábamos. A estas alturas la comisión proponente para comunicar a la dirección ya había sido formada por una verdadera coalición de las tendencias, donde algunos se jactaban de dos representantes y, por lo tanto, estaban en mayoría, lo que hacía que su tesis fuera la que primara en el plan-

teamiento al director, que según muchos tenía un marcado acento teósofo lo que lo hacía estar muy bien con Wilson Rebolledo que seguía leyendo sobre ocultismo y cábala, mientras la asamblea pedía a coro unidad en cuanto a los planteamientos. El cabezón Roa comunicó oralmente, entre pausas y jadeos, la visita inspectiva que había realizado al barrio del Marqués siguiendo lo que suponíamos era su habitual recorrido y su no productiva labor fue la gota que colmó el vaso y la comisión proponente —en adelante solo proponente— pidió una moción de orden la que fue aceptada después de un minuto de silencio que precipitaba las cosas y conclusiones a la única vertiente posible.

Luego de tres horas de explicaciones, reexplicaciones, argumentos elaborados y desdichos a los cinco minutos, amenazas a la integridad física a más de alguno de los proponentes, denuestos sobre el tipo de educación impartida y algún chiste relajado; el director pidió a la proponente que redactara un informe para precisar en él causas, motivos, fundamentaciones, objetivos, proyectos a largo plazo y que incluyeran además un breve resumen de las diferentes mociones de cada una de las fracciones representadas.

Roa dijo —“se asume lo que no duele”— esa fue, entonces la primera frase del escrito que llegaba a cien páginas donde se le explicaba a la dirección la situación del Marqués no exenta de detalles científicos, comprobaciones empíricas, anécdotas, comentarios de pasillos y alguno que otro rumor donde se mezclaban instancias de verosimilitud e inverosimilitud las cuales eran imposibles de ser inteligidas. El director movió los ojos, realizando en las cuencas un círculo casi perfecto si no fuera o no hubiera sido por la oblicuidad de su fisonomía y llamó aparte a Wilson Rebolledo, no sin antes haber rozado sus manos con los dedos finos, lo que confirmó relatos que eran de otra especie y ajenos al carácter mismo de esta investigación. Se retiraron cerca de una ventana, lejos de la proponente elegida en forma democrática por el curso, cuando García del glorioso partido, según él, comentó en voz baja que Rebolledo no tenía ninguna representatividad y que su presencia allí era una transgresión a los principios sustentados por el alumnado desde siempre y que eso no hacía más que confirmar lo de la corrupción estatuidad como norma moral y social y

—siguió en voz cada vez más alta— que dados todos estos antecedentes era necesaria una modificación sustancial a partir de los estatutos y que proponía un homenaje al fallecido profesor y Marqués —a estas alturas ya estaba fallecido pesara lo que nos pesara esta afirmación sobre todo a los que veíamos con desesperanza que perderíamos el semestre sin haber terminado el último ramo de la carrera— de esta manera la discusión derivó a tópicos económicos tales como el pago de la tarifa de movilización hasta las tres colaciones diarias que tenían derecho aquellas personas que gozaban de beca, esto del gozo era algo equívoco, justamente ahora que descubríamos los placeres que verdaderamente lo proporcionaban. Y así, de este modo, casi sin darnos cuenta, mientras el director y Wilson Rebolledo conversaban por lo bajo cerca de la ventana, la proponente decidió votar la huelga y la toma de los recintos de la escuela, hechos que quedaron ratificados por una votación casi mayoritaria, excluyendo claro, a los anabaptistas que decidieron optar por el silencio y la oración y que fueron recluidos amablemente en la capilla. La moción fue comunicada con rapidez a las bases, las que tomaron posiciones de combate y en actitud siempre alerta y vigilante, decidimos que era mejor encerrar a Wilson y al director en el baño, idea que pareció no molestarles en absoluto, y casi sin darse cuenta y mirándose siempre a los ojos entraban sumisos y obedientes como quien cumple verdaderos rituales iniciáticos. Cada una de las tendencias formó sus equipos de trabajo y se distribuyeron los sacos de dormir, aparecieron las primeras guitarras y lo que empezó con canciones revolucionarias y reivindicativas iba languideciendo, conforme pasaba la noche, en boleros y tangos que alguno recordaba de sus viejos en sus casas, en las viejas fiestas y los aprovechábamos como para tenerlas cerca del oído en esos encuentros amorosos de pasillo que ahora iniciábamos. La policía entretanto, había rodeado el campus y se mantenía alejada de los proyectiles que la subcomisión combativa lanzaba, parapetándose en los techos y en los más altos muros. Esta situación suscitó, nuevamente, una reunión de la proponente, la que estimó que los lienzos deberían llenarse con la consigna “se asume lo que no duele”, recordando al fallecido Marqués, y esta vez fue un minuto de silencio lanzado por los altavoces, hecho que conmovió hasta

a la policía que se quitó sus cascos en señal de respeto ante la desconocida. Se hicieron reuniones ampliadas, peñas folclóricas, concursos de baile empanadas y canto, recitaciones de poemas a lo humano y a lo divino, concursos de bellezas. A raíz de esto último en el seno de la proponente se generó una discusión que casi acaba con lo monolítico del movimiento y deja todo a merced de un azar y no de la voluntad humana como quería el máximo dirigente. De esta forma se nos fue pasando la noche con las cervezas que bebíamos por miles, con los recuerdos desechados para encontrarnos ahora con Laura, la que siempre se sentaba en el último banco y parecía tan inaccesible y sus piernas se convertían en columnas dóricas muy poco escalables, y así nos fuimos perdiendo o ganando la noche, dependiendo de los puntos de vista que se adopten para juzgar los hechos y casi nadie se extrañó cuando el Marqués entró a clases más borracho que siempre, escribió en la pizarra: “se asume lo que no duele: el suicidio”, sacó la pistola del bolsillo de su arrugada chaqueta y su cara se llenó de agua, de pequeñas gotitas que apagaban y se confundían con sus lágrimas, con sus carcajadas que de Marqués nada tenían, salvo por esa rápida salida de la sala, dejándonos ahí sentados, tratando de anotar algo en el cuaderno hasta el día de hoy.

Noviembre, 1984

P.S. Para el Maestro, porque se lo merece y por otras cosas más.

Eduardo Correa

EDUARDO CORREA

Viña del Mar, 1953. Estudios de Pedagogía en Castellano; Licenciatura en Literatura en la Universidad Católica de Valparaíso y Magister en Letras en la Universidad Católica de Chile.

En 1979 obtuvo el segundo lugar en el concurso de cuentos Revista Paula.

Juan Mihovilovic

ANDRES TENIA SU MUNDO

He gateado como todos los niños. A los ocho meses gateaba.

A los dos años seguía gateando, pero hice algo extraño. Bueno, no tan extraño en principio: me alzaba en cuatro manos y mantenía los brazos y las piernas rígidas. Luego asomaba la cabeza por entre las piernas y observaba. Las cosas que me rodeaban tenían, de esta forma, otra perspectiva. Esto que explico es algo, aparentemente, complicado. Yo vivía en esa posición. Cada figura tenía para mí su propio significado, aunque en ese entonces también, cada cosa la veía diferente. Mi padre era un par de piernas bajo un par de pantalones. Cuando escuchaba su voz las piernas se movían para mí su voz provenía de sus piernas. Su cabeza eran las piernas y como yo no veía más arriba de las rodillas creía que un cuerpo comenzaba en un par de zapatos y terminaba en un par de rodillas. Así y todo entendía las cosas con facilidad. No era complejo tener mi mundo. Los muebles estaban al revés, pero al revés era para mí lo cierto. Al abrir una puerta se abría desde abajo. Las ventanas no las conocía ni imaginaba que se miraba a la gente tras una cortina. Vivir de esa manera no era una costumbre ni un hábito: simplemente el mundo era así y hasta hoy no me he respondido por qué un día cambié de posición. Yo era feliz. Mejor dicho, nunca cuestioné la felicidad ni me compliqué respecto de lo que me rodeaba. Siendo limitado en mi visión todo era sencillo. A nadie vi un rostro enojado y si escuchaba palabras agresivas no pensaba que ellas llevaban una finalidad. Por lo demás ver un rostro era ver un par de piernas y ellas mantenían siempre idéntica posición, por lo que en nada variaba mi forma de escuchar. Hoy sé lo que significan las palabras alteradas en un rostro airado y no es agradable.

Yo sabía que la gente me consideraba un niño raro. Lo descubrí cuando la señora Ana le dijo a mi madre: —Tienes que mantenerlo de pie. Esto no es normal. Lleva tres años así

y eso es demasiado—. Mi madre contestaba que no sabía qué hacer. Que me levantaba y de inmediato yo retomaba mi estado habitual.

Lo cierto es que no podía. Mi madre me erguía, pero sus buenas intenciones no prosperaban. Recuerdo que al principio no era motivo de preocupación. Por lo demás la gran mayoría de las guaguas se arrastran antes de caminar. Si mi madre me levantaba y ponía en dos pies sentía unos mareos extraños. Todo daba vueltas. Yo mismo era una pelota girando en forma interminable. Al fin me iba al piso y volvía a reconocerme.

Mis padres decidieron amarrarme un par de veces a los barrotes de la cuna para que me acostumbrara. Al comienzo era inútil. Yo tenía cinco años y para no vomitar cerraba los ojos. Nada ni nadie me hacía abrirlos hasta que el cansancio me vencía y terminaba dormido.

Pero, no todo quedaría así para siempre. El hecho de erguirme a la fuerza les sirvió a quienes querían convertirme en un ser normal. Dentro de mis mareos pude ver los rostros de mis padres, los verdaderos rostros para la mayoría. Al comienzo me asustaron, pero como rápidamente cerraba los ojos acababa por olvidarlos. Ver aquello fue un cambio absoluto. Para un niño que no sabe de bocas ni pupilas verlas de pronto era peor que una pesadilla.

Un día desperté mirando el techo de la casa. Hasta ese entonces dormía boca abajo. Yo conocía algunas cosas enteras: el gato por ejemplo, los pajaritos, cuando me sacaban al patio y se paraban a comer a mi lado. Conocía las hormigas como nadie sin la dificultad de quienes las observan desde lejos o las ignoran. Me entretenía horas mirando su trabajo. En fin, poseía tantas cosas que al tenerlas no sabía que eran mías.

Pero, un día tenía que despertar boca arriba admirado del techo de mi pieza. También pajaritos, pero eran de papel y colgaban de un hilo.

Fue en ese momento cuando entró un hombre trayendo en la parte de arriba una cabeza. Me miró. Me nombró sonriendo y yo supe que estaba naciendo.

Juan Mihovilovic

Punta Arenas, 1951. Tiene publicada una novela: "La última condena". Editorial Pehuén, 1983. Ha obtenido numerosos premios en concursos de novela, cuentos y poesía, destacándose: 1er. Premio Cuento, Revista Andrés Bello, 1978; 1er. Premio Pedro de Oña, Novela, 1980; 2do. Premio Gabriela Mistral, Novela, 1980; 1er. Premio Cuento Nacional de "Bata", 1982; 1er. Premio Certamen Internacional "Julio Cortázar 1984", Poesía.

Yanko Rosenmann

CAIDA LIBRE DE UN CUERPO SOBRE LA TIERRA DESDE UNA GRAN DISTANCIA

"Si m es la masa del cuerpo y M la de la tierra, la ley de gravitación de Newton nos dice que la fuerza ejercida por la tierra sobre el cuerpo tiene el valor de:

$$F = -r \frac{m M}{r^2}$$

Entonces sucedió que se cayó del avión. Y al ir viajando por los aires, escrutando el horizonte, se sintió paradójicamente libre, como si nada le hubiese sucedido. Así, dulcísimo por los aires. Poco a poco comenzó a percibir el efecto de la fuerza de gravedad y por lo tanto, la gravedad del asunto mismo; ir cayendo al final de su vida. El miedo comenzó a crecer proporcionalmente a la velocidad de caída. Casi podía palpar la muerte con los brazos abiertos. Sedienta. Esperándolo allá abajo. Fugazmente recordó otra caída, otro descenso profundo y con un final similar; algo que si bien no era la muerte lo que estaba en juego tenía la misma atmósfera de esta testamental caída. La Adriana. Sí, le sirvió de consuelo y esperanza haberse recordado que, cuando lo abandonó la Adriana, se sintió caer en el vacío más infinito, más desolador y en realidad no fue para tanto, aunque eso sí, podría haber sido peor de no haber sido por la Pola, que en cierta forma le amortiguó bastante el golpe. El horizonte ya se ubicaba a la altura de sus pies, lo que le permitía ir calculando la velocidad del descenso. La situación, de angustiosa, comenzó a hacerse incómoda. No hallaba qué hacer; si intentar cambiar de posición para morir por la médula o mejor quedarse tal cual y triturarse las piernas. Cada vez que pensaba algo así, tan estúpido, ante la puerta de la muerte, lo invadía una sensación infame y absurda. Por momentos se sentía inserto en el papel protagónico de un relato al estilo de los de Cortázar (en realidad porque eran los únicos que había leído) y que cualquier pensamiento que cruzara por su cabeza sería puesto de la forma más ingeniosa y literaria, como ese de "Na-

die tiene la culpa" o "Sin tener la culpa" o... algo así... ¿cómo era? Se sobresalta. No lo recuerda. No pretende perder los últimos minutos de su vida en recordar el título de un estúpido relato (no tanto, por la evidente similitud que tenía dicho relato con la mortal situación en que él se hallaba). A todo esto, seguía cayendo a una velocidad cada vez mayor a causa de la maldita gravedad que despreciando el roce aumenta proporcionalmente al tiempo de caída... principios elementales de Cinemática... en el ramo de Mecánica. El año de la Adriana... ¡Maldita pécora infame! Lo había chupado entero. A ver si después de mi muerte se irá a dar cuenta de su acción, de haberme dejado sumergido en la cloaca apoteósica del abandono con la desesperanza en el límite que tiende a infinito y en el pecho esa angustia en forma exponencial que me carcomió hasta el último hueso... ¡Mierda!... si tan sólo las partículas de aire tuvieran mayor masa, así aumentaría el coeficiente de roce demorando algunos segundos más este descenso. Esto de demorar la llegada de la muerte no era en realidad por el terror a ella misma, sino más bien para poder seguir divagando, ya que comenzó a darse cuenta que poco a poco sus pensamientos se encaminaban hacia algo "de profundis", hacia esa reflexión constante de siempre lo angustió en demasía. Eso que lo hacía sentirse un existencialista sin rumbo en el recorrido. Parecía que toda posibilidad de salvación le abría la puerta de una lucidez impresionante. Sólo me aferraría a un paracaídas... cómo se achatan los ideales, las metas... ¡Podría cambiar todo por un paracaídas! Comenzaba a comprender el verdadero sentido de las palabras, las palabras con el sentido de propiedad que nunca antes le había dado... paracaídas... para-mi-caída...y si es así, cuántas cosas más podría comprender, las que siempre se le plantearon como una teoría metafísica, lejana, sin posibilidad de "praxis" alguna, sin el gran valor de la experiencia... en la que me veo involuntariamente involucrado, subyugado. Sólo debo apresurarme... ¿cómo era?... vamos... ¡por Dios... como era!... Eso de poder estar vivos sólo por un azar, pero en cuanto ocupamos un espacio físico, nos está encomendado un objetivo, pues nada prevalece en el traicionero Mundo del Ingenio disecado en el calvario solitario o en el muro de los verdaderos lamentos... ...ni siquiera la inercia, y en realidad hasta el hecho de ocu-

par un espacio para que haya un sentido, el inmutable, el omnipotente... porque no puede ser que sólo una Licenciatura en Física en la mano y el Corazón deshabitado, navegando en la nada de nada solamente asimiladas por sicologías ajenas y desesperadas, ansiosas de respuestas con códigos ajenos a la imagen misma... resulta que en estos momentos soy víctima del fenómeno más elemental de la Física, la fuerza de gravedad, y me lleva a la muerte sin ser capaz de discernir nada más, tan sólo la causa de esto de estar bajo una condición natural arrastrándome al fin de mi vida sin aportarme nada de nada, nada... y si nada me aportó estrujarme la cabeza resolviendo problemas laberínticos y gratuitos sobre "Caída libre de los cuerpos" sin comprometer a mi cuerpo... ¡Qué me queda de todo lo restante!, de la Cósmica, de la Nuclear, si ahora ni siquiera me sostiene una estructura atómica... la incertidumbre quedó en ese inconcluso poema, el único que logré pulsar en mi vida... mi vida... que se está consumiendo con aceleración constante y con su Integral aumentando metro a metro... en caída libre... libre de todo lo otro, lo consumado, la Pola, la Adriana, la pintora de la esquina que descalza, salía a la vereda y se sacaba las medias para sentir cómo se estremecía la tierra con la llegada del crepúsculo... ...De pronto no entendía cómo demoraba tanto la caída, ahora sólo ansiaba llegar luego, estamparse en la tierra como un sello postal, eterno, sin remitente. Pero el tiempo previo a la muerte se enancha, el ritmo es ajeno a segundos y horas, se expande, dejando cabida a una revisión de los pasos en falso dados en el recorrido de existencia. En especial a los tropezones, a las trampas puestas por uno mismo en el camino. Gritó. Su cabeza no lograba liberarse de lo absurdo. A pocos metros podía percibir algunos pájaros, debe quedar poco ¿y si hubiese un colchón de paja esperándome? Si lo hubiera, prometería comprometerme por entero a las reflexiones de este descenso mortal... ¡Sí, lo prometo! ¡Dios! ...¿me escuchas? ¡Por la Divina Gracia, haz que algo me amortigüe allá abajo! que no sea el resorte de la muerte que me enviaría nuevamente al cielo y los benditos límites de tu Reino. Abrazaré estas percepciones Apocalípticas por el resto de mis días, si es de tu voluntad dejarme aún en vida... ...Su súplica de Resurrección fue bruscamente interrumpida por el vuelo de un jote que pasó muy cerca de su cabeza, pero

rápidamente reinició sus imploraciones al omnipotente, solicitándole ahora (por haber visto al jote, supongo) un par de alas. Le gritaba a toda voz su petición de Icaro; luego lo insultaba, le imprecaba las más terribles groserías y garabatos hasta quedar tendido en el aire de puro cansancio. Agotado y absolutamente escéptico tuvo tiempo de llorar y las lágrimas —por la velocidad impresionante que llevaba— comenzaron a subirle por la frente, mezclándose con el sudor de muerte que le estrujaba la cabeza. No sabe cómo fue. La cosa es que al querer enterrar la cabeza en el abrigo se le metió por entremedio de éste y el pulover un gorrión, que comenzó a aletear desesperado, metiéndose esta vez, entre la camisa y la camiseta. El pájaro, tan desesperado como él, aleteaba enfurecido y era peor, pues más se enredaba en los ropajes. Le picoteaba el estómago, se le subía por el pecho, de pronto se tranquilizaba y comenzaba a tirarle los pelos con las patas, la víctima lo palmoteaba suavemente como sin querer hacerle daño, lo cual le hacía crecer más su angustia. No pudo contener más la tensión de los músculos ni el fruncimiento de la boca cuando el pajarillo logró trepar hasta su axila y soltó una estruendosa carcajada, una carcajada gutural, desde lo más hondo de sus vísceras como la abertura de una represa que sostiene el caudal de un bravío río. Su río. La represa sellada en alguna tarde lluviosa de su pubertad. Su río. Y comenzó a reír involuntaria y descontroladamente. Reía. Desesperadamente intentaba zafar al avecilla de la prisión del brazo, pero la cosquilla era cada vez peor; era un vómito definitivo. Y ahí estaba, a un paso de la muerte y muerto de la risa, ubicado en la paradoja más absurda y lapidaria. Ya no pensaba en nada. No podía concentrarse ni siquiera en su auto-extremaunción. En liberarse de sus pecados. A la altura que llevaba podía divisarse ya el terreno y parecía, que se había abierto a su espera; era desolado, algunas piedras y uno que otro pequeño arbusto conformaban el futuro sórdido cuadro. Su pie derecho fue la primera parte del cuerpo que tocó tierra. Milésimas de segundos más tarde cayó como un bulto todo el resto. Su cabeza fue la última en azotarse con una piedra bañándola casi instantáneamente de sus sesos blanquecinos, metódicos, cuadriculados, grises de teorías. Sus ojos extremadamente abiertos miraban el cielo, el Reino de Dios que no quiso protegerlo en

sus dominios, que fue vencido por la cruda realidad de un campo gravitacional. Un silencio hondo y sepulcral invadía el terreno. Ese silencio típico y terrible que siempre sucede a toda catástrofe. La quietud del campo —súbitamente convertido en cementerio— fue interrumpido por los aleteos del gorrión en su desesperado intento por zafarse definitivamente de su prisión de géneros. Finalmente logró desprenderse y emprendió vuelo a la altura del pecho del hombre, como si fuese la imagen de su Alma levitando hacia la Eternidad... y comenzó a volar por los aires, libre, como si nada le hubiese sucedido. Así, dulcísimo por los aires, escrutando el horizonte.

Yanko Rosenmann, Santiago, 1962. Obtuvo mención honrosa en el Concurso de Cuentos organizado por revista Paula, en 1983.

les un par de detalles en común: ambas utilizaban antiguos peines de marfil, ornamentados con filigranas doradas, y, lo que era del todo irracional —considerando la espesa lluvia que traspasaba los impermeables— sus largos cabellos permanecían en idéntica forma iisecos!! Confuso, me detuve a observarla. Ante mi insistente mirada, respondió con un chispazo en la suya, solidificando las gotas frente a su rostro y ocultándose tras ese antifaz opalino. Parpadeé intentando aclarar lo que —precipitado— creí, sería una ilusión óptica, sin conseguirlo. La cortina lechosa continuaba separándonos y tornándose por momentos, más y más impenetrable. Acometido por el temor abstracto de la sin razón, me escabullí buscando el protector anonimato de la muchedumbre que, ensimismada en sus quehaceres, no parecía advertir lo que de extraordinario y a la par, amenazante, ocultaba aquello sucediendo a su alrededor. Aun así, mi curiosidad se impuso y quise forzar nuevas respuestas cristalinas, y ya no las hubo. No encontré otras peinándose en esa cuadra, ni tampoco en la siguiente; en cambio, al desembocar en la Alameda, la situación era distinta ¡y por completo! Rubias y morenas, esponjaban rítmicamente sus cabellos masculando quién sabe qué letanía intraducible, de cara al oriente; luego, finalizado el rito, escondían entre sus ropas los peines y se iban confundiendo en el gentío con una sonrisa indefinida y expresión acechadora. “Maligna”... calificó de inmediato el subconsciente (tal vez, asaetado por el conocimiento transmitido en las generaciones), impulsándose a alertar los oídos en dirección a un par de “ellas” que hablaban entre sí, mirando casuales el sol amarillento, y a todas luces, disfrutando del chaparrón que escurría de sus vestidos a los adocretos de la calzada, como una reluciente tela-araña y con la festiva ingenuidad de un chapoteo infantil en arroyos domingueros; algo completamente lejano a lo que sucedía en mi interior, desquiciado, a medida que les escuchaba comentar de “su exitoso traslado de hemisferio —escapando del anormal calor seco del Norte— decían; y de su agrado por encontrarse en esta tierra de clima generoso —propicio a sus intereses— y que no tenían la intención de abandonar...”. Comprendí el peligro que correría si era sorprendido o lo que era peor, ¡si las delataba! y bajé los ojos, arremetiendo contra los transeúntes

María Pilar Laporta

BRUJAS EN LA ALAMEDA

Se dice en Europa que cuando llueve con sol, salen las brujas de sus escondrijos a peinarse para renovar sus poderes y seguir deteniendo su tiempo. Creerlo allí, es casi natural. Están presentes desde que la vieja tierra comenzó a ser... pero encontrarlas en medio del trajín de la gente y los paraguas, en plena calle Ahumada, fue una revelación inesperada, tanto así, que al principio, no supe de qué se trataba al ver a la primera haciéndolo tranquilamente bajo el agua.

—“Cosas de mujeres...”. Me dije, no dándole mayor importancia. Sin embargo, un poco más adelante había otra en actitud similar y le presté atención por encontrar-

a la caza de un taxi que me alejara de la tentación de gritar mi descubrimiento: ¡Brujas en la Alameda!! Pude sobreponerme y callé, soportando a solas el peso del conocimiento por temor —en parte— al pánico que él pudiera provocar, y a la vez, iba cavilando a qué o quién recurrir para obligarlas a marcharse. Entonces, distraído como estaba, por poco caigo de bruces sobre la jovencita agachada, que trataba de alzar la reja de la alcantarilla tanteando con sus manos el agua barrosa. Había desesperación en sus gestos y lágrimas corriendo con la lluvia por su cara. Olvidé mis propias preocupaciones y la hice a un lado. Con bastante esfuerzo y un buen rato después, levanté la trampilla y la puse en la vereda. Ella no me dio tiempo a nada; pues sumergiendo los brazos hasta alcanzar el fondo, extrajo —chorreante y sucio— un peine marfileño, entrecruzado de hilillos de oro. Lo leyó en mis ojos. Sin mediar palabra, se tomó de mi brazo y empezamos a caminar.

Eso fue hace ya mucho... pero, no puedo dejar de tener presente en la memoria, la angustia vivida por nosotros al enfrentarnos a "ellas"; especialmente, cuando llueve con sol —como ahora— me recorre un chasquileo de temerosa incertidumbre al imaginar tan sólo, que pudieran arrepentirse y faltar a su promesa, regresando un día cualquiera a Santiago; pero, mi mujer, cariñosa como siempre, se ríe un poco de mi adversión a las tormentas de verano y termina por tranquilizarme diciendo que: "las brujas, también tienen palabra... ¿o no?". No puedo desmentirla; es cierto. Ella me lo ha demostrado. No ha vuelto a usar su peine de marfil con filigranas doradas...

María Pilar Laporta. Madrid, España, 1938. Ha sido publicada en las antologías de cuentos: *Tres veces siete*, en 1984. Y *Cuentos del Soffia*, 1984. Obras inéditas, novelas y cuentos. Reside en Santiago de Chile.

Luis Alberto Tamayo

UN VIDRIO QUEBRADO

Mariela vino a nacer quince años después de Lucía. El abogado Martínez debió conformarse con no tener heredero varón.

Miró con alegría a sus hijas desde el balcón de su dormitorio. Mariela de vestido blanco y cinta al pelo corría por el jardín que bordeaba la terraza. Lucía sentada en un banco, estudiaba.

Quizá sea mucha la diferencia de edad de las niñas, pensó. Lucía tenía ya diecinueve años y estudiaba arquitectura, Mariela recién había cumplido los cuatro y asistía al pre-kinder por las mañanas.

El señor Martínez subió al auto y echó a andar el motor. Bajó el vidrio y le gritó a su hija mayor: —Tu madre llegará después de las ocho, ¡no te olvides del jarabe de Mariela! La niña se quedó con la cara metida entre los barrotes de la reja, mirando cómo el auto de papá se alejaba.

Mariela vio venir a Verónica, compañera de Universidad de su hermana. Corrió a abrirla la puerta, ésta la saludó poniéndose en cuclillas para darle un beso. Cruzó el jardín, subió a la terraza y empezó a dejar sobre la mesa de cubierta de vidrio los muchos libros, folletos y revistas que traía.

Toda la terraza se llenó de escuadras, compases, rollos de papel transparente y lápices de todos los colores imaginables. Mariela no se despegó del lugar donde estaban su hermana y su amiga, atraída por los colores casi luminosos y las extrañas formas de los tesoros que ellas tenían.

—¿Por qué no te vas a ver televisión un rato?, invitó Lucía. Mariela no contestó. ¿Para qué sirve esto?, preguntó tomando una regla pequeña.

—¡Ya Mariela, a jugar!, gritó Lucía con gesto autoritario.

La niña no tenía intención de irse; a la nana María le había tocado salida y en toda la casa no había nada que fuera más interesante que todo eso que Lucía y Verónica tenían sobre la mesa.

Verónica tiende un cordón largo y pone

a sonar una pequeña grabadora sobre una silla.

—¿Para qué sirve eso?, pregunta la niña y da vueltas la brillante perilla del volumen.

—Anda a jugar a otra parte o me voy a enojar, dice Lucía con auténtico desagrado. Mariela se va, da una vuelta completa por detrás de la casa y vuelve. Se apodera de un marcador de fibra y raya una hoja blanca que estaba junto a la grabadora. Verónica da un grito. ¡No, eso no!... Lucía palidece.

—Anda a jugar, Mariela, ruega Lucía empujándola por los hombros. —Te presto la flauta dulce, ¿quieres?

Verónica toma un plumón y lo apunta a la cara de la niña.

—¡Si no te vas, te pinto!

—¡La cara no!, grita la niña y arranca. Verónica la persigue un trecho largo a pasitos muy cortos para no pillarla.

Son cuarenta y cinco grados, dice Lucía y traza la línea con lápiz de carbón.

—¿Qué son cuarenta y cinco grados?, suena la voz pequeña de Mariela.

Lucía toma la goma de borrar y con un grito en la mirada amenaza a su hermana: —¡Si no te vas lejos, te borro!, te borro igual que si fueras una raya.

—Las gomas no sirven para borrar gente, replica la pequeña con seguridad.

—Eso es lo que tú crees, ¡ahora verás! Lucía coge la goma con gesto violento y se la pasa por todo el cuerpo a su hermana, de pies a cabeza.

—Ya no está, dice Verónica asintiendo con la cabeza, borramos a la niña molesta, ahora no está.

Lucía y Verónica siguen trabajando en silencio. Mariela se mira sus zapatos y su vestido blanco. —No me borraste, dice desafiante.

Lucía se hace la sorda. La niña corre hasta el borde de la piscina, corre haciendo sonar sus pies. Nada, su hermana y Verónica parecen no verla. Vuelve a la mesa, toma un lápiz pero nadie le habla, no la miran. —Estoy aburrida, dice después de un rato acercándose y tirando a Lucía de una punta de su vestido. —Lucía, ¿te puedo ayudar?

Todo está en completo silencio.

—¡Lucíííí!, grita la niña dándole una patada en las canillas. Nada, ésta sigue inalterable, compás en mano trazando círculos.

La hermana y su amiga trabajan y conversan. Mariela juega con una pelota roja de plástico; se acerca varias veces y la lanza, has-

ta que logra dar con ella, sobre la mesa de trabajo. Nadie le dice nada, nadie ha visto nada.

Toma la manguera que está sobre el pasto y se moja, sabe que eso se lo tienen prohibido. Se tira al suelo para embarrar su vestido blanco. No, nada. La idea de que realmente la han borrado, va tomando cuerpo dentro de su pequeña cabeza.

Corre, se tuerce un pie. Con el pelo sobre la cara y mirando hacia su hermana, llora. Ella conversa.

Se mordió el labio inferior y cogió una piedra; esta vez sí daría resultado. Lanzó la piedra directamente contra el ventanal grande del living. El vidrio se hizo astillas, pero ni Lucía ni Verónica dijeron nada, ni siquiera un gesto. Corrió entonces, a refugiarse al cuarto de cachureos al final del patio.

Ha oscurecido. Lucía y Verónica aún trabajan.

La madre llega, saluda y pregunta por Mariela. —No sé, contesta Lucía, recién andaba por ahí.

La madre se interna por la casa llamándola. Al oír la voz, la pequeña corre y se aferra a ella con su cara enrojecida y su vestido sucio. Su cuerpo es sólo un llanto y un temblor sostenido.

—¿Qué pasó? ¿Por qué llora la niña?, pregunta sin lograr sacar palabra de la criatura.

—No sé, dice Lucía con aire distraído, debe ser porque quebró un vidrio.

Luis Alberto Tamayo (1960). Ganó el concurso de cuento por los Derechos Humanos (1978). Ha obtenido otros premios en concursos de cuentos y novela inédito.

CUENTO-BREVE

EL AMOR Y LA MUERTE

PAR LAGERKVIST (Sueco)

Una noche paseaba las calles con mi amada, cuando al pasar ante una casa de lúgubre aspecto, abrióse repentinamente la puerta y un Amorcillo dio un paso fuera de las sombras. Mas no era un Amorcillo común —frágil, delicado y artístico—, sino un hombrazo pesado y fornido, con todo el cuerpo cubierto de pelos, que más parecía un guerrero bárbaro apuntándome con su rústico arco. Me disparó una flecha que me alcanzó en el pecho. Retiró después la pierna y cerró tras de sí la puerta de aquella casa semejante a un castillo hosco y sombrío. Yo caí, pero mi amada continuó su paseo. Pienso que no advirtió mi caída, pues, de lo contrario, se hubiera inclinado sobre mi cuerpo y habría tratado de socorrerme. Mas como siguió, sin detenerse, comprendí que no se había dado cuenta de mi caída. Mi sangre corrió tras ella, durante un rato, como un arroyuelo, hasta que se detuvo cuando ya no pudo alcanzarla.

"INDICIOS PANICOS"

Cristina Peri Rossi (Uruguay)

Siempre imagino que mi madre tiene nada más que veinticinco años (la edad que ella tenía cuando yo nací) de ahí que me enfurezca si la oigo arrastrar los pies, cloquear, toser, pensar como una vieja. No entiendo por qué a los veinticinco años le han salido arrugas ni me explico cómo siendo tan joven se acuesta tan temprano.

Si en algún momento de pavorosa lucidez advierto que es una vieja, tal descubrimiento me llena de horror, por lo cual trato inmediatamente de expulsar dicho conocimiento de la luz de mi conciencia, de manera que enseguida recupera sus veinticinco años.

Ella me trata a mí continuamente como si fuera una niña, por lo cual nos entendemos perfectamente. No insisto en crecer, porque sé que es inútil: para nosotras dos, el tiempo se ha estacionado y ninguna cosa del mundo podría hacerlo correr. Moriré de cinco años y ella de veinticinco; a nuestros funerales asistirá una muchedumbre de ancianos niños y de niños que jamás llegaron a crecer.

EL ARGUMENTO

Alvaro Menen Desleal (El Salvador)

Se había escapado de la escuela. Era la primera vez, y le pareció que la mejor manera de pasar el tiempo sería viendo una película. Depositó su bolso escolar en un tenducho, llegó al cine y compró una localidad barata, listo para sumergirse por noventa minutos en un mundo apasionante. Ya estaban apagadas las luces de la sala, y a tientas buscó un sitio vacío. Los mágicos letreros de la pantalla daban el título de la cinta, la que comenzó de inmediato.

En la película, un pequeño actor hacía el papel de un escolar que, por primera vez, se escapaba de la escuela. Pareciéndole que la mejor manera de llenar el tiempo era en un cine, compra una localidad barata y entra a la sala cuando en la pantalla un actor de pocos años hacía el papel de un escolar, que por primera vez, se fuga de la escuela, y decide ir al cine para pasar el tiempo. El actorcito tomaba asiento en el instante en que, en el *film*, un niño escolar, fugado de la escuela, entra a un cine para pasar el tiempo. Al frente se proyectaba la imagen de un niño que, por primera vez, faltaba a su escuela y llenaba su tiempo viendo una cinta, cuyo argumento consistía en que un chico, por primera vez...

PERIPECIAS DEL SOLDADO

Alfonso Alcalde (Chileno)

Yo le dije al mariscal de campo con todo respeto: —Usted me envía al matadero. Está previsto que en este ataque nadie escapará con vida. Ahora bien, usted me obliga a disparar con este torpe fusil que tiene un corcho en la punta, mi general. Usted me dice que esperamos la hora cero para asaltar al enemigo que nos espera con las ametralladoras camufladas en las casamatas. Mi capitán, no es que yo sea cobarde. Saludo a la bandera antes de partir, soy joven, difícil sostener que tengo derecho a la vida porque la guerra es la guerra, eso está claro, mi cabo, pero el hecho de que yo me haya enredado con su mujer, después de todo, se puede arreglar con un trato de caballeros. En todo caso cuando se acueste con ella dígame que mis últimas palabras fueron: ¡Viva la patria, viva el amor!, pero no le dé mayores detalles cuando se ponga a llorar y salga a buscarme en medio de la noche, mi sargento cornudo.

REENCUENTRO CON NUESTRO TIEMPO

Por EDUARDO BRICEÑO

"En la esquina, casi a la entrada del Citibank, dando pequeños saltos con una Biblia en la mano está el iluminado que implora gloria al pulento, gloria al terrible, gloria al inmortal. Entonces imagino otro país con las manos en los bolsillos, más al Sur donde el aroma es transparente y enciendo un cigarrillo para matar también el tiempo. Mientras tanto".

(Yo adivino el parpadeo - Carlos Olivares)

La editorial Bruguera, en una iniciativa que la prestigia, en octubre pasado, publicó el libro ENCUENTRO. La edición nació, realmente, durante el desarrollo del Encuentro de Narrativa que se realizó durante una semana en el Instituto Chileno Francés de Cultura. Veintiún escritores leyeron sus obras a un público ávido de conocer obras y autores de un género tan huérfano de difusión y oportunidades de probar frente al lector su valía y eficacia.

El evento contó, además, con el patrocinio de la Sociedad de Escritores de Chile y reunió a un grupo de cultores del género cuentístico que abarcan a casi dos generaciones de literatos chilenos.

La selección que recoge Bruguera, tiene la particularidad de haber sido hecha por sus propios autores. Por ésta y otras razones, la cuasi antología que comentamos, tiene peculiaridades que no la asemejan a trabajos anteriores que se publicaron en el pasado.

En efecto, Martín Cerda, presentador de la selección, expresa al inicio que "este libro no pretende ser una antología del cuento chileno de nuestros días..." sino que "ensaya ser sólo un registro parcial pero significativo de la cuentística escrita en Chile durante la última década...". Ubicado en su propio epicentro de aspiraciones y limitantes, podemos agregar que la selección, como toda opción, no incluye ni a los mejores ni a los peores exponentes de la narrativa chilena del último cuarto de siglo. Es una muestra extensa, intensa y significativa.

La presentación de Martín Cerda "Escritos de Chile", en rigor, un ensayo a secas, da cuenta, en forma científica, precisa y objetiva, de la crisis que la sociedad chilena soporta estoicamente hace más de diez años. Para él, el escritor no está ni al margen ni a favor del orden que se constituye a partir de la crisis; el escritor realiza su oficio, escribir, y a pesar de todo, con la crisis a cuestas en su estilo, en su problemática, con sus propias y particulares inquietudes. Señala Cerda: "Todos los relatos que este libro incluye, por distantes que parezcan entre sí y por distintos que sean sus grados de ejecución, se reencuentran, sin embargo, en el enclave de haber sido todos escritos en una situación análoga a la que vivieron los escritores chilenos durante los años inmediatamente posteriores a la sacudida 1891".

En el lenguaje literario se hermanan los hombres en contradicción a lo que ocurre en su actuar público. En este sentido, la muestra en cuestión, guarda un cauteloso respeto por mantener reflejada la coexistencia, el pluralismo y la originalidad que conforma la república de los escritores. Valga subrayar este aspecto puesto que tales condiciones no se dan en los medios habituales de comunicación que segre-

gan y marginan a un porcentaje bastante importante de los miembros de la cultura nacional.

Sin embargo, quiéraselo aceptarlo o no, la actividad escritural de hoy día está enmarcada por un suceso histórico que, a semejanza de la figura histórica de Cristo, borra un decurso natural de la historia y obliga a los hombres a contar de nuevo, ha partir de cero. Explica M. Cerda: "Pareciera, en efecto, que cada vez que una sociedad se altera —y los testimonios no escasean—, el argumento de la vida colectiva se sustrae, como si cada situación realmente vivida se enmascarase y no pudiera ser descrita directamente. Los tiempos de alteración, en verdad, son todos esos períodos de la historia de una sociedad en los que, en último trámite, la vida se vuelve radicalmente incierta e insegura. Son tiempos de grave crisis o perturbación, en los que las instituciones y las leyes por las que se regía la vida colectiva e individual se desploman o se transforman en algo distinto a lo que tradicionalmente habían sido. Son tiempos, en suma, de violencia extrema, en los que todo parece devaluado, decaído o quebrado en innumerables partículas".

Luego de constatar el hecho doloroso, el ensayista pasa a determinar la función histórica que le ha correspondido asumir al escritor. Pero, además de ambos aspectos, abordados magistralmente por Martín Cerda, se podría agregar un tercero: cómo se reflejan prácticamente, es decir en productos culturales, la realidad trágica que involucra y enlaza, con una conjunción de fuego, a varias generaciones. Porque, siempre que se aborda el problema del Golpe de Estado del 73 y su dolorosa secuela, por razones obvias, se recuerda y compadece a los afectados en forma directa (fusilados, prisioneros de guerra, exiliados, perseguidos). Pero se olvida, inconscientemente, de la generación en gestación por la época y que, debido al cambio violento, no tendrá nunca oportunidad de llegar a terminarla, ni menos llegar a su plenitud o vigencia: son las llamadas "generaciones perdidas". Sin embargo, esta generación, de todas maneras, se desarrolla: mal o bien; deformada o con taras; a espaldas o adherida al nuevo orden. De todas maneras, es una generación que, aunque diezmada y disgregada, es crítica y original frente a la nueva ideología imperante (o la vieja disfrazada de nueva). De alguna manera alcanzó a coger la esencia de las virtudes del anterior régimen de vida de sus connacionales. Tiene, evidentemente, una conciencia estructural más rebelde y madura que le permite, por analogía y comparación, establecer un sistema de oposiciones entre dos o más opciones de concepciones del Estado.

Pero, la generación mayormente afectada, y aún no existe conciencia de ello, es la que viene enseguida: aquella

que se gesta dentro del nuevo régimen y que, por lo tanto, no tiene una base de comparación ni una mentalidad libre y creadora. Esta última generación, indudablemente, no está representada en el ENCUENTO. Habrá que esperar si es capaz de romper el cerco dorado, de desarrollarse a pesar de la falta de expectativas reales. En general, este tipo de generaciones, no tiene un proyecto propio de vida y casi no genera las condiciones para terminar con una situación que, para ellos, es natural pero castrante.

La falta de horizontes e itinerarios propios hace caer de la abulia a la violencia a una generación que no tiene ni encuentra su cauce directo.

En un intento de clasificación simple, podemos destacar dos vertientes de cuentos en el texto que abordamos.

La mayor parte de los escritores del ENCUENTO, manifiestan una clara intención escritural de registrar literariamente, diferentes aspectos de la realidad chilena de las últimas décadas. Y este expediente ubica la situación narrativa en la problemática del perseguido, real o imaginario, político o no. En general, pareciera que el Hombre del agonizante siglo XX, sufre del síndrome de la persecución de otros o de él mismo. Otra de las recurrencias y obsesiones que se repiten en las narraciones se da en el hecho del recordar insistentemente un pasado que aparece como glorioso y engrandecido con respecto al presente misérrimo y antiheroico.

El análisis de cada relato daría material para un ensayo, objetivo que no tiene el presente trabajo. Por lo tanto, nos basta mencionar algunos nombres y obras que ilustren nuestras aseveraciones.

Por ejemplo, Luis A. Acuña con "Un jarrón de porcelana china", trasciende de la simple anécdota psicológica de un hombre de facto frente a su destino.

Jaime Hagel, por su parte, reconstituye una época biológica —adolescencia— y geológica —década de los treinta— que le inserta en su situación actual. El epígrafe, entonces, es decidor: "Volvió esa noche y Carlitos Gardel / no la esperaba".

En la misma dirección, utilizando el tono de divertimento, y con maestría en el oficio, Poli Délano en "La misma esquina del mundo" nos relata el encuentro no ficcional de una pareja de exiliados que, ha pesar de todo, aún tiene la capacidad de reír, llorar y amar.

Por su parte, Carlos Olivarez, en "Yo adivino el parpadeo", utilizando el discurso permanente fácil de la confesión, situación correspondiente al acoso, nos descubre la cotidianidad del Santiago actual con su mercado de capitales, al lado de las actitudes supersticiosas, en una cadena sin fin de contradicciones de una sociedad en permanente deterioro y cuyos miembros no son capaces de internalizarlos.

A. Rojas Gómez en "De la visita que Tristán Benítez hizo al pueblo de Humberston" narrativiza la desazón que produce en el ser humano, el darse cuenta que ha pasado un tiempo tan inexorable como inútil. La reminiscencia es otra forma de sufrir con el presente. En efecto, Rojas termina su relato de esta forma: "Y empezó a recorrer las abandonadas calles de su pasado".

La otra corriente fácil de observar es aquella que trabaja con una realidad inaugurada en Hispanoamérica por Borges, a principios del siglo, democratizada por Cortázar y masificada por la literatura de ciencia ficción. Relatos de hombres en situaciones límites, que pierden su identidad, transformándose (recuérdese "La Metamorfosis" de Kafka) en otro ser o lindando en otra dimensión, distinta a la que originalmente pertenecía. Esta diversidad textual permite acceder a realidades de macro sistema, describiendo situaciones particulares que pasan a ser universales o que trascienden de una menor, a una esfera mayor de relaciones estructurales.

De lo anterior, se deduce que la aventura de leer un conjunto de relatos de escritores, permite analizar no sólo el desarrollo particular de un arte, la literatura, sino que, también, cuestionarnos profundamente como seres sociales, históricos y creadores.

ATRAS SIN GOLPE, por Ramón Díaz Eterovic, La Gota Pura - Obsidiana Editores (1985).

Uno de los primeros elementos que atrae la atención en los relatos de Ramón Díaz es la inmensa humanidad que transmiten sus personajes, muchas veces puestos en situaciones difíciles, extremas, a veces en lo afectivo, otras en lo social. Se trata de seres de carne y hueso, débiles y fuertes al mismo tiempo y, por lo tanto, más verosímiles, más cercanos. La vida es un torbellino donde se entrecruzan distintas experiencias: amor, política, humor, aventuras de toda especie que nos van mostrando que "El tiempo frágil" (título del primero de los cuentos del volumen) es una realidad, que nada ya es como parecía ser, y que a pesar de todo también seguimos siendo los mismos, con las ansiedades antiguas mordiéndonos aún por dentro, aunque tratemos de olvidarlo, de volver el rostro, de evitar esas terribles miradas hacia atrás. De alguna forma consigue deslizar esta sensación el autor en buena parte de los relatos de ATRAS SIN GOLPE.

En "Apuntes para una historia inconclusa", encontramos todos los elementos citados conjugados en una excelente síntesis donde la técnica narrativa desempeña un rol fundamental. Con un lenguaje cuya intensidad se aproxima fácilmente —y sin recargarse o hacer difícil la lectura— a la poesía, el autor nos lleva a través de una diáspora de experiencias variadas, nos arrastra al pasado y nos compromete al reconocer, más allá de las particularidades de los personajes, una época rica en acontecimientos de todo orden de la cual hemos sido parte, actor o público, pero parte, sin duda. Existe una unidad indisoluble entre la situación social, personales y progresión de la historia base del relato. Asimismo, la forma narrativa está concebida de modo que resulta plenamente funcional al contenido: ágil y poética, virtudes que hablan de una técnica elaborada que revela un arduo trabajo literario.

En "Ella, Ellos y Raúl", somos transportados violentamente a la realidad que nos rodea y que procuramos soslayar, porque es comprensible evitar el terror, el sufrimiento, la locura. Comprensible, pero injusto. Ramón Díaz nos arranca de este egoísmo y nos muestra la irrealidad de este mundo absurdo y kafkiano. Comprensible también que algunos críticos descalifiquen —obedeciendo claramente a criterios políticos— narraciones como esta que penetran en nuestra historia actual, aquella que transcurre en estos años, en estos días. Aquellos que pretenden que nuestra literatura se inscriba exclusivamente del aquí y del ahora, están no sólo negando la historicidad de la literatura, sino que cerrando los ojos a los profundos cambios que se operan en nuestra sociedad; ceguera interesada y militante, por cierto. Los cuentos de Ramón Díaz no son unidimensionales: integran distintas experiencias que trascienden lo puramente político o lo únicamente amoroso, y van mucho más allá, hacia el descubrimiento de los valores más íntimos y poderosos del ser humano.

ATRAS SIN GOLPE nos hace conocer a un tierno payaso víctima de omnímodos criminales sin rostro, a un peón estanciero capaz de jugar el salario de todo un año al truco, a un luchador de la resistencia enfrentado a la tortura, a una dulce muchacha viajando en el tren subterráneo, a la historia de un niño y una manzana de insospechado final, todos seres próximos, vitales que encontramos todos los días en las calles y que Ramón tiene la capacidad de acercarnos a través de la palabra.

ATRAS SIN GOLPE es el resultado de un larga trayectoria literaria, de una actividad prolífica traducida en cinco libros, inclusión en varias antologías y diversas publicaciones nacionales y extranjeras. ATRAS SIN GOLPE tiene la fuerza de la nueva literatura latinoamericana, rompe con juicios y prejuicios superficiales y contrae los únicos compromisos válidos para el escritor: el hombre y la literatura.

por ULISES

NUEVOS CUENTISTAS CHILENOS. Editorial Universitaria. Colección GENERACION ESPONTANEA; selección de Martín Cerda.

En una visión de enteladas formas y de ribetes casi mágicos, cuando no abiertamente oníricos, se deslizan por un estilo de extendida fluidez, los relatos de Jorge Calvo. Es uno de los más sólidos narradores de esta muy buena muestra del Taller Huelén. Su ya muy premiado relato "La poza de los lagartos", es un auténtico paradigma de este sugerente y, por veces, abstruso estilo del autor. La fluidez deslizante de su proceso creativo, bien plasmado en su forma, arrastra al lector como si lo cogiera de las solapas. Ello se ve, sin embargo, algo entorpecido en el texto "Huellas en el polvo", pero se torna nuevamente eficaz en "Quedarse un rato". Dramático y bien logrado es el contrapunto realidad actual-recuerdo en "Travesía". Al final, como en las obras de Bach, el contrapunto se funde —fugadamente— dramático y persistente, en un final tan doliente e incierto como el de estos pobres seres desnaturalizados y corruptos por el dolor y la sevicia.

Gabriela Boza nos presenta en una gran síntesis dramática, el interior compungido y sufriente de una incendiaria que, a diferencia de lo comúnmente aceptado, ha intentado matar a sus "daimones" cuando enciende la lumbre destructora. Y no ha buscado un placer en la destrucción por la llama, en "Los visitantes". Y muy bien manejada la reflexión en "A dos voces". Se trata, pues, de una autora —aprendiz de narradora— que nos relata el proceso de factura de un cuento.

Salvo algunas indecisiones iniciales (torpezas de redacción) del hilo de su relación en el primer cuento "Rau", Ita Hernández consigue en éste y en sus otros textos breves, una perfecta armonía. Hay, por momentos, algunas rebabas en su estilo que serían fáciles de limar. "La roca" es también un logrado proceso de maridaje entre un sueño punzantemente premonitorio y su descubrimiento salvador en el seno de la realidad.

Mediante breves relatos que son como estampas, Reynaldo Martínez logra crearnos ambientes tensos, muy reales en su propia mecánica. "La botella", es un ejemplo muy bueno de estilo económico, glabro, pero de punzante efecto vivencial. Lo propio ocurre con "Lechuza", relato en el que se suma una bien lograda sorpresa final.

Una de las mejores piezas de esta antología, es el extenso cuento de Gabriela Soto, "El momento de la torre", aun a pesar de ciertas imperfecciones formales. Allí se dan equívocos y estados anímicos y conductuales del protagonista que mueven a la nerviosidad, inquietud y tensión del lector,

en un clima de dos homicidios, uno de los cuales solamente es descubierto y enfrentado por el autor y por la policía. El final es elocuente. Se ha logrado un texto de intensidad dramática dostowskiana, en el sentido de conseguir que el homicidio no sea para justificar un cuento policial, sino un estudio de estados íntimos en el proceso vital de un personaje aherrojado por sus propias circunstancias. Creo que esta autora es, esencialmente, una novelista.

En Yolanda Venturini se observa una diferencia de estilo bien ostensible con el conjunto de la antología, no obstante que el clima de sus relatos —más propiamente estampas— está asimismo circuido por un clima poético menos abstruso, menos complejo, aunque tan vagaroso como el obtenido por otros de sus compañeros de antología. Ella es una artista y su sensibilidad sensorial aflora con muy valdeada poesía en su prosa.

Personalmente creo y siento a Calvo, Soto y Venturini como los más logrados. A Calvo por su más seguro estilo, compartiendo con los otros dos, la fuerza subyacente de sus creaciones, prometedora de futuras expresiones. Del mismo modo el alcance y logro de sus objetivos literarios, tanto en calar como en exponer sus temáticas.

Guillermo Trejo

LUIS AGONI MOLINA: "OSCAR CASTRO, APROXIMACION EN EL RECUERDO" Impresos Alerce. Rancagua, 1984.

A casi cuarenta años de su muerte ocurrida el año 1947, este libro de Luis Agoni (Osorno, 1944) viene a rescatar del olvido la figura de ese gran poeta y narrador que es Oscar Castro. Apoyado en trabajos anteriores, como el de los escritores Gonzalo Drago y Raúl González Labbé, y con abundante información recopilada por el mismo autor, Agoni conforma un completo, ameno y documentado cuadro de la vida del escritor rancagüino, creador entre otros, de libros como "Comarca del Jazmín" y "La Vida Simplemente", que perduran en el tiempo y entre las mejores páginas de nuestra literatura.

Junto con el relato cronológico de la vida de Oscar Castro, desde su infancia hasta la época de su muerte, Agoni presenta un cuadro de las condiciones sociales en que Castro se formó, de los escritores que lo acompañaron en su trabajo, y de la creación del Grupo "Los Inútiles", que tanta trascendencia tuvo en su momento dentro del panorama cultural del país. Interesantes también son los datos que el libro aporta sobre el nacimiento de las inquietudes literarias de Oscar Castro, sus influencias, y sobre algunos hechos de su vida que fueron origen de obras como el "Romance del hombre nocturno" y su cuento "Lucero".

Luis Agoni es autor de un ensayo sobre "La Última niebla" de María Luisa Bombal, publicado en España en la revista "Cuadernos Hispanoamericanos", y ejerce la crítica literaria en diarios del sur del país. Sin duda, como se señala en la presentación del libro, y por lo dicho ya antes en relación a su documentación y ameneidad, éste representa un valioso aporte al conocimiento de uno de nuestros grandes escritores.

Ramón Díaz Eterović

Por Alvaro Cuadra

En escasas 56 páginas asistimos a una diversidad de mundos narrativos que, no obstante su heterogeneidad —tanto temática como de niveles de calidad— consiguen finalmente entregarnos la imagen completa del rompecabezas que es la realidad chilena de hoy. Es así, a través de pequeñas partes se va constituyendo un todo revelador. José Paredes no se anda con sutilezas, sus cuentos no mueven a equívocos: quiere decir algo y lo dice, al pan, pan y al vino, vino. Desfilan en este manojo de cuentos temas que la memoria chilena tiene presentes, aunque algunos los quisieran ver olvidados: la tortura, el asesinato político, la persecución y el abuso. El título no podría estar mejor elegido: PARA NUNCA OLVIDAR, precisamente esas cosas feas que no tienen cabida en las revistas dominicales ni en las teleseries. Podríamos decir que PAREDES dibuja "este otro Chile", ese que vive la inmensa mayoría... lo dibuja y lo siente. Eso es ya un gran mérito de éste, un cuentista joven chileno.

Desde un punto de vista estrictamente literario creo que hay cuatro cuentos que encuentro ricos y bien logrados, son ellos: "Coro de risas", "Topless", "Ojos azules" y "Fuera el loco". Uno de ellos —"Topless"— ganador del tercer premio en el concurso organizado por la Sech "Neruda 80 años". PAREDES juega siempre con ases bajo la manga, nos relata una historia, en apariencia trivial, que abruptamente se transforma y adquiere una nueva dimensión. "Topless" por ejemplo, describe un mundo sórdido y decadente donde el público bullicioso asiste al strip-tease de una mujer, el cuento, sin embargo, adquiere un nuevo vuelo cuando nos enteramos de que en verdad se trata de una prisionera que ha sido obligada a desnudarse ante sus verdugos como parte del "tratamiento". "Coro de risas" pone en marcha todo el mecanismo de un hombre ante su inminente fusilamiento, finalmente éste es un simulacro... de ahí la risa de sus verdugos. El autor logra tamizar de humanidad temas difíciles de ser tratados sin caer en el panfleto barato, en lo sensiblero y mantiene una viva tensión dramática que es —ya se sabe— indispensable en todo buen cuento. Lamentablemente estos relatos excelentes contrastan con otros bastante pobres. No me explico la presencia de relatos como: "Ilusión" o "El testamento". PAREDES siente la tentación de usar un lenguaje relamido y exquisito, lleno de arcaísmos y palabrejas difíciles, y eso no se compadece en absoluto de la temática ni de la técnica propia del cuento, en este caso. Al revés, los deslices poéticos de Paredes entorpecen la fluidez del relato, lo hacen "falso", "postizo". Frases como: "Se aceleraban los pasos y los vasos se escancían, vivaces, en las ávidas bocas" (p. 39). "Descansa el aterido pie en el prístino charco" (p. 41). "Los furtivos ojos de los púberes ignoran..." (p. 42); pienso que un lenguaje rebuscado no ayuda, precisamente, a dar cuerpo a la narración, muy al contrario, aleja al lector de "lo narrado" y lo mueve al fastidio, cuando no, a sentimientos opuestos a los buscados por el narrador. Resumiría este comentario con un empate: los cuatro cuentos mencionados son lo suficientemente buenos para contrarrestar la presencia de aquellos que le restan calidad a la totalidad. PAREDES es un osornino que nos ha mostrado que es capaz y me atrevo a pensar que las irregularidades se deben a que estamos a diversas etapas en un ascenso que ya ha dado frutos excelentes; "Topless", un cuento PARA NUNCA OLVIDAR.

LUIS ENRIQUE DELANO

Muchas veces hemos dicho que una de las características particulares que nos define a los escritores jóvenes de esta época, es la desvinculación, la pérdida del contacto directo con algunos de los escritores de generaciones anteriores. El exilio en unos casos y la incomunicación interior en que vivimos, en otros, nos ha privado de ese contacto vital para nuestra formación y desarrollo como creadores.

Estas ideas se nos vienen a la memoria a propósito del reciente fallecimiento de don Luis Enrique Délano (1907-1985) destacado escritor chileno, Premio Nacional de Periodismo y autor de numerosos libros que conforman una obra literaria sólida y permanente. Sus últimos años los vivió exiliado en México, y por ello, a la hora de intentar un modesto recuerdo de su persona, no podemos hacer otra cosa que referirnos a la lectura que en más de una oportunidad hicimos de algunos de sus libros.

Recordar que en nuestro tiempo de universitarios, cuando intentábamos expresar nuestra inquietud de jóvenes frente a los acontecimientos sociales que nos tocaban vivir, leímos con gran emoción su novela "La Base", tal vez no su mejor obra, pero sí una en la que encontrábamos las vivencias de jóvenes de otra época luchando por los mismos ideales por los cuales lo hacíamos nosotros. La sencillez de sus personajes, la emoción contenida en cada página, la compartíamos en lecturas que nos llenaban de fuerza y esperanza. En esos mismos días, cuando con otros compañeros de estudios queríamos ser poetas, nos encontramos con su novela "El laurel sobre la lira" que basada en la vida de Pedro Antonio González nos entregaba las vivencias de un poeta "maldito".

Más tarde hubieron otras lecturas. "La Red", "Puerto de Fuego", "La niña de la prisión", "Viaje de sueño" y "Sobre todo Madrid" donde encontramos interesantes crónicas sobre los intelectuales chilenos que vivieron de cerca los acontecimientos de la Guerra Civil Española.

La primera y única vez que vimos en persona a don Luis Enrique Délano fue durante un homenaje que se le rindió en la Sociedad de Escritores de Chile. En las palabras con que agradeció este acto, nos pareció ver a un hombre que estaba feliz de poder retornar a su país, y a la vez triste, por la situación social y política en que lo encontraba. Supimos también de su interés por integrarse a las actividades que desarrollaban sus colegas escritores. Sin dudas tenía muchas cosas que decirnos, y por eso nos dolió ver cómo su muerte pasaba casi inadvertida por la prensa y otros medios de comunicación. Sin embargo, conocemos muy bien la realidad en que vivimos y ya llegará el tiempo de hacer justicia cabal a su obra literaria, y a la de otros escritores de su generación.

Nuestra revista "Obsidiana", como tantas otras editadas por jóvenes, pretende ser un cauce para la creación de este tiempo, pero sin olvidar a los creadores que como don Luis Enrique Délano dejan una huella por la cual debemos transitar. Por esto mismo, valoramos el homenaje que le rendirá la SECH, con la presencia de los escritores Humberto Díaz Casanueva y José Donoso, los que de seguro sabrán hablar de su vida y su obra con mayor justicia y propiedad que nosotros.

Ramón Díaz Eterović

Luis Enrique Délano, un fabulador de otros tiempos

Poco espacio le dieron en Chile los órganos de publicidad escritos, hablados o vistos en la pantalla, a la muerte de Luis Enrique Délano, sucedida el 20 de marzo de 1985, a los 77 años de edad. Se diría que todos estamos preocupados de otros asuntos, algunos de espantoso dramatismo y que falta tiempo para recordar al autor de "Viejos relatos" con sus contrabandistas, solitarios, adolescentes, piratas y niñas melancólicas. Luis Enrique Délano, Juan Marín y Salvador Reyes, los dos últimos mayores que Délano, con cierto parecido en la elección de sus temas, representaron hace más de 50 años, una desviación del criollismo vernacular que se consideró la expresión clásica de un país hispanoamericano si quería interesar a los lectores de la sabia Europa.

Luis Enrique Délano es autor además, entre otros libros, de "El pescador de estrellas", poesía, 1926; "Cuatro meses de guerra civil en Madrid", 1937; "Balmaceda, político romántico", 1937; "La vida romántica y novelesca de Alejandro Flores", 1937; "Pequeña historia de Chile", México, 1944; "El laurel sobre la lira", 1946; "Puerto de fuego", 1956. Nació en Santiago en 1907, hizo sus primeros estudios en Quillota, después asistió a clases de Derecho en la Universidad de Chile, de Pedagogía en la misma Universidad, de Letras en la Universidad de Madrid. Además, nuestro escritor fue cónsul de Chile en México y en Nueva York, corresponsal de "El Mercurio" en Europa, director de las revistas "Ecran", "Qué hubo" y "Vistazo" y padre de un hijo único que vale por diez, el escritor Poli Délano, autor de "El hombre de la máscara de cuero" una novela sufrida ambientada en México que conviene leer.

Al recibir Pablo Neruda, el Premio Nobel de Literatura, el 21 de octubre de 1971, Luis Enrique Délano era embajador de Chile en Suecia y ese fue su último cargo representativo. Después vivió en México durante diez años y sólo en 1984, poco antes de morir, regresó a Chile, a su antigua casona de la calle Valencia en Ñuñoa. Lo último que leímos venido de su mano fue el prólogo al libro de Nicasio Tangol, "Leyendas de Kurukinká" publicado en México en 1982, a dos años de la muerte de Tangol y en cuya oración final, Délano anotó: "Lamento de veras que mi viejo compañero de letras no llegara a ver esta edición que tanto gozo le habría dado. Pero por los anchos canales del fondo (Fondo de Cultura de México), el libro de Tangol llegará a no pocos lugares y países y los misterios de la Tierra del Fuego van a inquietar a muchos lectores. Cosa que fue tal vez lo que Tangol se propuso al escribir "Las leyendas de Kurukinká", obra en que el antropólogo y el poeta no se apartan ni un momento el uno del otro".

Hombre rubio, de ojos claros, "huero" como dicen en México, Luis Enrique Délano dejaba en la memoria la imagen de un hombre tranquilo y afable, con cierto halo de escritor nórdico, siempre fiel a un oficio sin ocio. Algunos, Luis Durand entre ellos y así lo estampa en su libro "Gente de mi tiempo", Santiago, 1953, afirmaron que varió su modo de ser con la militancia política. Puede ser, aunque nosotros no tuvimos oportunidad de advertirlo. Le recordamos, en cambio, paseándose por la Playa Grande de Cartagena, provisto de su pipa, sentado junto a una mesa en la terraza frente al mar, manteniendo su habla cuidadosa si el tema concernía a los escritores y poetas en servicio

activo, algo que desconcertaba a los interlocutores extraños. Pero su recuerdo más vivo está para nosotros en dos de sus libros: "Balmaceda, político romántico" (biografía) Santiago, 1937 y "El Laurel sobre la lira", Santiago, 1946. El primero fue la orilla en que nos afirmamos cuando en 1945, pretendimos revivir la revolución de 1891 en unos romances que provocaron la ira de algunos congresistas revolucionarios todavía vivos y en acción. Nosotros en nuestro afán, habíamos descubierto, en medio de discursos y polémicas a favor y en contra del Presidente suicida, unas coronas fúnebres sin firma ni pie de imprenta y la biografía novelada de Luis Enrique Délano que nos dio la tercera dimensión, la vida de la epopeya. "El laurel sobre la lira" es la vida del poeta también personaje trágico, Pedro Antonio González (1863-1903), cuyo verso solitario escrito cuando los influjos de Gustavo Adolfo Bécquer y de Rubén Darío dominaban el estro nacional, fue paladeado por nuestra pequeña clase media lectora junto a las velas de sus mesas de noche, hasta 1926.

El periodismo activo de Délano, sin pausa, le hizo merecer el Premio Nacional de Periodismo y que el 5 de noviembre de 1984, a pocos meses de su muerte, recordara a otra figura de nuestro periodismo y de la investigación literaria, Lenka Franulic, en una velada que se efectuó en el teatro "Camilo Henríquez" de Santiago. Sus comienzos de poeta del mar, su labor de novelista, de biógrafo y de antólogo, sus jornadas de comentarista generoso le situan en la órbita de la cultura chilena, más alta de lo que imaginan nuestros comentaristas habituales, a veces de muy limitada y amnésica información.

Luis Merino Reyes

CONTINGENCIA Y LITERATURA

Sería bueno, a esta altura, hablar con franqueza respecto a un tema tan manido como lo es el llamado "compromiso", por un lado, y la "limpieza" o "apoliticidad" de un texto literario, de un escritor. Digo que sería muy bueno aproximarnos al problema con un mínimo de seriedad. No se trata de escribir un mamotreto grisáceo y denso sino más bien de evitar la ligereza sin perder el humor... Y ya que estamos en esto, nada mejor que examinar un par de citas a este respecto. La primera pertenece a Jorge Luis Borges: Quienes dicen que el arte no debe propagar doctrinas suelen referirse a doctrinas contrarias a las suyas¹. La segunda cita pertenece a Mario Vargas Llosa: "La literatura atestigua sí sobre la realidad social y económica, por refracción, registrando las repercusiones de los acontecimientos históricos y de los grandes problemas sociales a un nivel individual: es la única manera de que el testimonio literario sea viviente y no cristalice en un esquema muerto"². Con la lucidez que le es propia, Borges nos advierte sobre el peligro que representa esa adhesión por lo "doctrinario". Podríamos concluir, provisoriamente, que toda literatura ha sido y es un vehículo ideológico, o más simplemente: lo ideológico es un atributo de la literatura. Hay aquí una sutileza que es bueno advertir, estamos hablando de literatura; o sea, si bien es cierto que la literatura es inseparable de lo ideológico, es indispensable que antes que nada se trate, en efecto, de literatura. ¿Y qué hace de la literatura, precisamente, tal cosa? Vargas Llosa nos aclara ese punto de la siguiente manera: "La significación moral y social de una obra presupone un coeficiente estético. Si no es así, no hay literatura"; luego enfáticamente: "Las buenas intenciones no sirven para nada si no van acompañadas, o precedidas mejor, de eso que los románticos llamaban inspiración, los simbolistas rigor y los realistas conciencias profesional"³. Nos encontramos ante la primera gran pregunta en torno a lo ideológico, ¿qué es el compromiso en definitiva? Admitamos, por el momento, que la literatura supone un coeficiente estético, como dice Vargas Llosa y que sólo a partir de allí es dable atribuirle una significación moral o social o política, eso parece muy claro. Parece interesante, en este sentido, recordar el concepto de "humanización de la realidad" que han utilizado algunos estas marxistas y que hace alusión, justamente, a la superación de la realidad "a partir de la realidad":

ni la abstracción ajena a lo real ni la mimesis chata sino la humanización de la realidad hasta hacer de lo real un fenómeno de la conciencia. La realidad tamizada por la conciencia del artista, lo objetivo y lo subjetivo son superados dialécticamente en una síntesis expresiva que llamamos obra de arte y que se reintegra a la realidad (una vez objetivada) con un nuevo status.

Hay una segunda pregunta que la formularía en los siguientes términos: ¿de qué modo la historia está presente en una obra literaria? Ya hemos consignado la idea del escritor peruano cuando habla de que la realidad social atestigua "por refracción", o dicho de otro modo, "a un nivel individual" y que éste sería el camino —el único según V. Llosa— para que "el testimonio sea viviente y no cristalice en un esquema muerto".

Este supuesto Varga Llosiano puede ser entendido en dos sentidos:

- Suponer que, el nivel individual significa la conciencia del escritor. De esta manera el problema se centra en la poesis literaria, en la tesis sartreana de que la historia hay que "existenciarla" y así hacerla o rehacerla dialécticamente.
- Suponer que Vargas Llosa quiere señalar un modo concreto de hacer literatura, haciendo que los personajes sean "portadores" de la historia. Una historia de la que el creador sería un ser consciente y quién podría, entonces, dosificarla a través de la estructura narrativa en cada uno de los personajes en juego.

El primer supuesto me parece que está contenido ya en la llamada "conciencia profesional" y que permite alcanzar un cierto "coeficiente estético", de tal manera que analizaremos brevemente el segundo sentido posible. Flaubert y Lautréamont son dos ejemplos que nos muestran que un texto puede ser creado a partir de dos vías distintas y complementarias. Por un lado está el acopio cultural con visos de natural, de acopio del que el lenguaje es una mezcla ideológica más o menos consciente; en este sentido, al escribir él inventa su expresión, su lenguaje cuyo origen no es sino el individuo. Por otro lado están los textos reales, la "biblioteca" tal cual es y de la que todo escritor echa mano alguna vez —consciente o inconsciente de ello—

para efectos de su creación, hablamos de una cierta "tradición literaria" y las múltiples posibilidades de imitación, adaptación, plagios, comentarios, etc... En ambos casos constatamos una cierta determinación, un grado de alienación cultural.

En la hora presente, aquí en América Latina el problema político y la politicidad o no politicidad de una obra de arte es un problema concreto, real y urgente. Pero..., ¿lo es también literariamente hablando? Volvemos al asunto del "coeficiente estético" y a una sospecha: ¿quién define lo estético sino el que goza de ello? En una sociedad altamente estratificada, por decirlo así, serán las élites las que definan los criterios y valores estéticos, no cabe duda, pero —y he ahí lo importante— es más cierto que el verdadero arte trasciende la época histórica en que es incubado, hay en él una "vocación de universalidad" innegable. ¿Por qué seguimos admirando algunas obras de esos esclavistas griegos? ¿Por qué leer un Bocaccio fruto del feudalismo? ¿Por qué gozamos con Dostoyevski o Hamsum? Simplemente porque todo arte verdaderamente arte es, a pesar de su creador, símbolo de la humanidad entera. En este momento que vive nuestro continente, duro, crítico diría, no hay que perder de vista este aspecto. Sí a la historia, sí a lo contingente siempre y cuando podamos encontrar en esas obras la trascendencia histórica, un atisbo, quizá, de nuestra propia identidad.

Por: Alvarado CUADRA
Mayo de 1985.

- 1 Borges, Jorge Luis: "El Primer Wells".
- 2 Vargas Llosa, Mario: "Tres notas sobre Arguedas", Paidós Bs. Aires 72 (Artículo compilado en "Nueva Novela Latinoamericana" / Letras Mayúsculas).
- 3 Id. 2

INDICE

Valentín Kataev: Padre Nuestro	5
Ray Bradbury: El Dragón	10
Italo Calvino: El Bosque de la Autopista	12
Oscar Castro: Lucero	14
Silverio Muñoz: Pregunto por O'Higgins.	18
Eduardo Correa: Ensayos sobre un mismo texto	19
Juan Mihovilovic: Andrés tenía su mundo	22
Yanko Rosenmann: Caída libre de un cuerpo	23
María Pilar Laporta: Brujas en la Alameda	25
Luis Alberto Tamayo: Un vidrio quebrado	26
Cuento - Breve:	28

ENTREPARENTESIS

Cuentos de Ana María del Río
Editorial Arcilla, Santiago 1985
\$ 400 (giro postal o cheque)
Pedidos al teléfono 2514271

Entre cielo y Entrelíneas

Poemas de Verónica Zondek
Ediciones Minga, Santiago, 1985
\$ 700 (giro postal o cheque)
Pedir a casilla 3550
Correo Central - Santiago.

ATRAS SIN GOLPE

Cuentos de Ramón Díaz Eterovic
La Gota Pura - Obsidiana Editores
Santiago, 1985
\$ 250 (giro postal o cheque)
Pedidos a casilla 95 - correo 14
La Cisterna - Santiago

Para Nunca Olvidar

Cuentos de José Paredes
Ediciones de Obsidiana
Santiago, 1985
\$ 300 (giro postal o cheque)
Pedir a casilla 3550
Correo Central - Santiago.

Ediciones Manieristas

libros de poemas por publicar en este año:
El Hombre Invertido de Mauricio Barrientos
Cartas para reinas de otras primaveras
de Jorge Teillier
Virus de Gonzalo Millán
Sub-urbano de Carmen Berenguer
Sin título de Verónica Zondek

Quien escriba cuentos envíelos a nuestra casilla
Nº 3570 Correo Central o a Simpson Nº 7, casa
del Escritor a nombre de Diego Muñoz V. o de José
Paredes. Santiago - Chile. (P.D. agregar reseña bio-
gráfica de 10 líneas máximo).

CAFE DEL CERRO

ENCONTREMOS EN EL ARTE
Y LA AMISTAD CON LO MEJOR
DEL CANTO NUEVO - JAZZ - FOLKLORE
CANTAUTORES - TEATRO - HUMOR
POESIA

DE LUNES A SABADO DESDE 19.30 HRS.
Ernesto Pinto Lagarrigue 192
Barrio Bellavista - Santiago
Teléfono: 778308

FARMACIA ZAR

Descuento en todas las COMPRAS.
Despacho de recetas MAGISTRALES.

San Diego esquina Franklin
Fono. 5552897.

LIBRERIA LATINOAMERICANA
Plaza Mulato Gil de Castro
Lastarria 307, 2º piso

FRANCISCO MEDINA CARDENAS
Asesor y Corredor de Seguros
Alonso Ovalle 846 Of. 2
Teléfono: 398580

**VALE POR CORTE Y PEINADO
GRATIS**
presentando esta revista
de lunes a jueves en
Huérfanos 786 oficinas 108 y 205
Vence el 22 de agosto de 1985

ENTAP
Salón de Belleza para damas
Huérfanos 786 - Of. 108
Teléfono: 335139

JARDIN ANTUMAHUIDA

Mireya Solis de Ovando F.
Plantas de interior - arbustos - árboles
diseños - fumigaciones - construcción y
mantención de jardines. Fono: 2422664
Av. Presidente Kennedy 7536

LIBRERIA ROMO
Ciencias Sociales y Políticas
Literatura en general
Galería El Angel
Huérfanos N° 786 local 19
Teléfono: 338001

COMPOSICION ELECTRONICA I.B.M.

Manuel Muñoz Fernández
Pedro León Ugalde 1555
Fono: 5552419
Atención especial a escritores

VIAJES ATLAS

PASAJES NACIONALES
E INTERNACIONALES
Pedro de Valdivia 0139
(entre Providencia y Costanera)
Fonos 2238674 - 2232353 Stgo.

NUMERIA

CONTABILIDADES, ASESORIAS
Y DEFENSAS TRIBUTARIAS
INICIACION DE ACTIVIDADES
LEYES SOCIALES, ADMINISTRACIONES
TERMINOS DE GIROS
Teléfono: 398580
Alonso Ovalle 846 Of. 206

LIBROS RUCARAY
Compra y venta
Filosofía - historia
arte - literatura
Merced 350 F. 396046
SANTIAGO

indispensables, cuáles tal vez útiles y cuáles obstaculizarán su designio artístico?

El cuento —invención perfecta— es creado por su autor. En el abismal y maravilloso laboratorio de su cerebro, y en misteriosa combinación del consciente con el inconsciente, el cuentista va recordando e inventando, seleccionando y recibiendo en su mente sólo lo que él necesita. A la inversa del relator, que generalmente se ajusta a la realidad, el cuentista ajusta la realidad a él, cuando le puede ser útil. Por esto un cuento nada tiene que ver con la realidad propiamente dicha (aunque nos impresione más que un hecho que está acaeciendo ante nuestros propios ojos) y en cambio la mayoría de los relatos y muchos capítulos de novelas no son más que recuerdos o vivencias y su autor un simple cronista con más o menos ingenio.

5. El cuento perfecto es concluido simultáneamente por el lector y el autor. Si acontece lo contrario es porque algo fracasa. Esto último suele ocurrir cuando el autor apresura el final, adelantándose al ritmo del lector y del cuento mismo. Y, con mucha más frecuencia cuando lo dilata con alguna advertencia, explicación o rebuscando un corte definitivo. Porque en el cuento marchan unidos el que narra y el que lee, a un ritmo cada vez más acelerado, y hacia una meta a la que deben llegar al mismo tiempo.

El lector de una novela puede ser arrastrado o throneado por el autor. Este puede darse el lujo de adelantarse al leyente, de sumergirse o elevarse de tal modo que el lector lo pierda de vista por un instante. El lector, por su parte, puede darse el gusto o sufrir el accidente de distraerse y perder el hilo un momento que puede significar todo un capítulo. No por eso dejará de leer la novela y no por eso dejará de leer la novela y no por eso dejará de agradecerle o interesarle. Esta marcha paralela entre creador y destinatario puede ser: —y a menudo es— irregular, arrítmica, intermitente, ajustándose sólo en las partes culminantes (por su importancia o por la que le atribuya el lector).

En el cuento, este ajuste entre el escritor y su lector ha de iniciarse en la primera línea y finalizar en la última. Ahora bien: cuando no se produce este sincronismo (especialmente en las líneas finales) ¿dónde está la falla: en el lector o en el autor? Generalmente el que yerra es el cuentista. Además, él debe servir al lector, y no a la inversa. Repetimos que este sincronismo ha de ser exacto en el instante último, pero a la vez existir durante todo el desarrollo del suceso. Mas es necesaria otra condición para que esto sea posible, y es el estilo.

6. Sin un estilo sencillo y universal es imposible esta suerte de identificación entre creador y lector. Pero el logro de este estilo, sin caer en lo trivial o chabacano, es ascender un pináculo erizado de tropiezos. Y aquí merece un párrafo la originalidad. Faltando originalidad —tanto en el asunto como en la forma— no es posible esa magia necesaria en el cuento. Pero así como la sencillez suele estar a un paso de la vulgaridad, la originalidad tiene, a su vez, una enemiga temible y cercana: la extravagancia, con la que tampoco se consigue el encantamiento del lector.

Se trata, por otra parte, de un modo y de un ritmo menos naturales y fisiológicos que los de la novela. En ésta el estilo es el propio novelista, y ha de surgir con la espontaneidad y naturalidad de sus ideas, sus sentimientos y su manera de ser. Lo que frecuentemente logra el narrador de largo aliento en una página lo obtiene el cuentista en una sola línea condensada y fascinante. Pero que esto sirva meramente como punto de referencia. Porque la emoción o el placer que persigue la novela es casi siempre distinto del concentrado efecto al que apunta certeramente el cuento. A esto se debe que tanto una como otra forma reclaman asuntos que se adapten a ella.

Así, el cuentista dispone de menos libertad que el novelista. Piensa continuamente, hasta la obsesión, que el menor detalle negativo puede desviarlo de la línea del efecto que persigue, empañar este efecto, o disminuir su calidad o intensidad. Obra en función de cuentista y no de novelista. Con más contracción y menos naturalidad. Por eso le es más

fácil y más cómodo al escritor nadar y desplazarse en los anchos mares de la novela que en el estrecho y tormentoso cauce del cuento. Y por eso, también, como expresión documental es mucho más fiel a la realidad la novela que el cuento, puesto que lo que el cuentista intenta es una emoción peculiar muy distinta del "espejo de la vida o de la sociedad", que generalmente procura la novela.

El cuentista genuino no se estanca en las palabras ni se soñaza con ellas. Hace olvidar al lector que está leyendo. Condición sine qua non, además para lograr ese perfecto sincronismo, ya analizado, entre autor y lector.

7. Hemos dejado para el final lo más importante y lo más difícil de este tipo de ficción, que es, precisamente, su final: *objetivo supremo del cuento*. Toda la elaboración del mismo reside, desde su comienzo, en ir preparando su terminación. Para conseguir este máximo efecto último, el cuentista ha de maniobrar como un excelente prestidigitador, cuyos "trucos", completamente ocultos, impidan que el lector advierta adónde lo están llevando. Pues si sucede lo contrario éste habrá llegado (intuyendo o sospechando) a este *objetivo final* antes que el cuentista. El fracaso resulta entonces rotundo. Y lo arduo es exactamente eso: que la conclusión no sea presentida por el destinatario de la obra, ni tampoco resulte descabellada, por extraño o fantástico que sea el tema.

"Hubiera deseado seguir leyendo". Esta expresión de un lector, al finalizar una novela, suele ser un elogio —y a veces grande— para el novelista. Pero esta misma expresión, al concluir un cuento, es generalmente todo lo contrario para el cuentista. No tiene razón de ser. Significa que carece la narración de esa clausura hermética tan cara de la forma que nos ocupa. El momento culminante de un cuento coincide con su propia muerte, es decir, su terminación. Su punto final ha de ser precisamente eso: *su punto final*.